

36

Ahí está Aquiles.

Tieso, hinchado, como siempre que lo citan a la oficina. Es que cuando lo llaman, lo necesitan para algo. Y él sabe cuándo es él una persona y cuándo un perro. Y le gusta sentirse alguien. A veces piensa que no sabe cómo, pero él tiene que salir de abajo. Le gustaría ser como quiere Josefina, y también José, ¡que a veces los dos parecen curas de "Fé y Alegría", ¡carajo!, pero que tienen razón cuando quieren salir de la mierda y ser decentes como otros que trabajan y tienen familia de uno y no tienen que esconderse de nadie. Eso le gusta. Recuerda a un muchacho que pasaba todos los días por Jesuitas y él estaba en esa esquina vendiendo periódicos y que se parecía a él, por nada, sino que creía que el muchacho tenía su tamaño, y la cara morena y el pelo negro y duro, pero que iba vestido con un sweter rojo nuevo y los pies en zapatados, y con unos libros; él vio un día, y otro día, y lo veía luego a menudo, a la misma hora, y es que entraba al Colegio. Nunca le llegó a comprarle a él un periódico, ni lo

miró, y seguramente no diría nadie si le pusiesen delante a Aquiles y le preguntasen: "¿Usted conoce a este muchacho?", porque a él nunca le ha interesado esa bandera de trapos que vocea periódicos, y, sin embargo, es alguien a quien Aquiles sí ha visto muchas veces y lo ha mirado con envidia porque le gustaría ser un Aquiles Rodríguez así con su padre y su madre que le vivan a uno todavía, y que tenga su comida en la casa, y que va a la escuela, no como él ahora, que daría cualquier cosa porque no le pusieran delante un maestro como Rosendo que le pregunta dónde está Mérida, por un ejemplo, en un mapa, porque él sabía irle por la carretera donde fuese, aunque fuese a pie, pero que no puede saber en un mapa si queda a la derecha o a la izquierda, que esas son güebonadas que inventan los Maestros, porque ellos viven de los papeles, y también tienen que vivir de algo y viven de saberle más de eso que uno, que es como ponerle crucigramas a uno, y a veces en latín, a ver dónde queda algo y no por enseñarle a nadie nada sino ya preparados para decirle: "no sea usted zoquete!", que eso es lo que les gusta a ellos, que haya siempre gente que sepa menos para subírsele a uno por encima, con una pata sobre su cabeza, cuando hay muchas cosas que ellos no saben, porque él... pero tiene que tocar la puerta, y toca dos veces...

Y sabe que le van a decir que ya está para salir. Ya tiene en la Casa casi dos meses. Y hace dos días que lo llamaron así, y salió, Justo Méndez, un flaco que entró después de ellos dos y parecía que iba a ser amigo de Villanueva, porque nada más llegar, Méndez y él se hicieron amigos, pero luego resultó ser un pendejo, de los de decirle el Maestro Rosendo: "dígame lo que es un río", y él, de bolsa, va y se le pone a decir como un lorito: "río es, papa-pá", y el Maestro Rosendo dice que está bien; ¡claro, porque a él le gusta que le digan la cosa como él sabe, leído y cantado de otro, como un loro!, y se da lija con eso, cuando ese bolsa de Méndez no se ha bañado nunca en un río ni ha agarrado un pez nunca, ni le sabe las mañas, ni la fuerza, a la

corriente, como él, que estuvo dos meses viviendo en Barrancas en casa de un hermano de mamá, Jesús, cuando murió ella, y él, Aquiles, había atravesado el Orinoco, ¡grande como un mar!, montado, aunque no solo, en una curiara, y había agarrado, él mismo, una sapoara grande...

Y entra, porque le dicen, ¡y una mujer!... que pase. No es el director el que lo ha mandado llamar, como le han dicho, sino que es la doctora Moreno la que está sentada ahí, y le está diciendo ahora que cómo está, como si no supiese esta vieja cómo está él, y todo este aparato para decirle que le había llegado la hora de irse, que va a ver si va a sentirlo, ¡de contento es que va a llorar él, no joda!; pero hay que ponerle a esta bolsa buena cara, la de dormir, como ponía el pendejo de Méndez, y quién sabe si fue por eso que le pusieron libre; y ahora lo sentará; a él no le importa que le digan eso, que se puede ir, estando parado, como está todavía cuando le dice la doctora que se siente, porque él había entrado y ella estaba escribiendo algo, como si no le importase que él estuviese aquí...

Y Aquiles se sienta, con cara de güebón, hecha a posta, y la doctora le está diciendo que tiene que preguntarle algo, como si ella, esta mujer que es ayudante del Director, necesitase de él para algo más que mandarlo para la casa; le hubiese gustado recibir esa noticia de la boca del Director mismo, y no de esta pureta que le está hablando y hablando, y todo es paja, para decirle que se vaya, porque él se ha venido portando correctamente, bla-bla-bla, y le está diciendo "entre otras cosas" (!que no le ha dicho nada todavía!) que le quiere preguntar algo: que ella sabe que su hermanito... (!y no es ni siquiera con él!!)... ¿Roberto, no?... ¡claro que su hermanito se llama Roberto... (!y qué será de Robertico?!)... y está viviendo con unos amigos de él, de Aquiles, ¿no?... (!y qué habrá sido de Robertico!!)... ¿cómo se llama ese amigo?...

Aquiles está viendo a Robertico ahogado, lo sacan de un río, en Barrancas,

y está Josefina llorando... ¡por eso es que lloraba Josefina el otro día!, y ve a la doctora Moreno, que no se está riendo esa vieja, porque no, tampoco está triste ni nada, y ella, por poco que le importe lo que pasa a un hermanito de uno, no se lo diría así, tan sin nervios... "¿qué fue!"/... pero la doctora Moreno le dice que no pasó nada, y le sonríe desde sus planchas, que hasta se mueven, ¿por qué va a pasar algo?... y ya Aquiles sabe que no le va a decir nada esta mujer, y que debe callarse, que habrá tiempo de pensar después... y no, que es solamente que en los papeles de él falta este dato, el nombre de su amigo, de... ¿cómo se llama?... "Hugo"... pero ella quiere saber el nombre completo, porque lo tienen que escribir, ¿no ve Aquiles que la doctora está con la pluma en la mano esperando que hable?... "Campos"... eso es, y ya lo está escribiendo...

Aquiles está preocupado, y ya no por él, sino por sus hermanos, que desde que está él ahí adentro, lo desde que Villanueva está fuera!, se le está escribiendo el poco mundo que le quedaba, y ve a la mujer escribiendo, y la ve en los anteojos montados sobre su nariz, que no es nada de ella, sino un añadido, pero que le están diciendo, ¡lo siente!, que hay un peligro nuevo en el aire; estas cosas no se aprenden como lo de los mapas en los libros, pero tampoco un pez nace nadando porque se lo haya enseñado alguien, sino que nace sabiendo; y afila el ojo y ve esos labios que le están diciendo que ella estaba revisando su informe, por rutina, esta mañana, y que encontró que faltaba esto, "cuál es la dirección de su amigo Hugo Campos?"... ¡quieren saber dónde es!, ¡¿y por qué?!, y además no lo quieren como uno sabe, que es como uno lo ha aprendido y que sirve para ir, sino la calle y el número, y él no sabe eso, sino que la casa está más abajo que la Plaza Candelaria, como se lo está diciendo ahora, tres cuadras, y cerca de la de Carabobo, y hay en frente un botiquín, "La sombra", y la puerta misma es roja, está pintada así, y cae como a mitad de cuadra, ¡¿qué más necesita nadie para llegar allá?!....

y la doctora insiste, si no le sabe la esquina... ¡qué esquina del coño va a saber él, ni le va a hacer falta a esta vieja!...

Aquiles está bravo, y temiendo que sea algo malo lo de Robertico, ¡podría ser!, y le gustaría preguntar si ella, la vieja, sabe algo; pero él no pregunta, porque ya le dio respuesta antes y esta gente no conversa con uno sino que le dice algo y pregunta algo, y el que tiene que soltar lo que piensa es siempre uno; eso es así; y la vieja le dice, como si se le hubiese leído en la frente, que era sólo que faltaba esta información y que quería decirle a él, por otra parte, que todo iba bien, que no tenían queja de él, bla, bla, bla....., y Aquiles está oyendo, pero está pensando que es demasiado que le esté hablando media hora, ¡y la doctora Moreno!, para preguntarle una pendejada... aunque ahora ella quiere enderezar esa paja diciéndole que el otro día la había llamado el director para decirle que tenían que pensar en el informe de Aquiles Rodríguez, y que por eso, estando revisándolo esta mañana, se había dado cuenta ella que faltaba esta información, y ya sabía ella por experiencia que cuando preguntaba el director por un expediente era señal de que todo iba bien...

Aquiles está como sobre una cuerda floja, ya no sabe si la verdad es lo primero, cuando sintió el peligro, o ahora, cuando está escuchando a la doctora Moreno decir lo que le está hablando, que a veces los doctores usan las palabras que aprenden en la Universidad, no para decir nada, sino para teparle a uno las cosas, ¡una vaina!...

¡Y uno que no tiene dónde llamar!...

37

José lo estaba esperando. No le dijo nada cuando le llegó Aquiles en la misma rampa, porque lo estaba esperando allá, y no más adentro porque no se había atrevido a entrar más; ¡y le vio esa cara a Aquiles!, que venía sin querer ver a ninguna parte y viéndole a José, porque no había forma de no ver ese bulto blanco de la franela y lo azul del pantalón a media pierna que estaba recostado al cemento, esperándolo. Y no le dijo nada Aquiles, aunque se le quedó al lado, mirando hacia un pedacito de tierra que había quedado aprisionado entre el cemento, sin una mata.

¡José no podía preguntarle esa pendejada!, y no le preguntó; le miró la cara: ¡dos lágrimas ahí es como verle un hueco en la frente!

-¡Qué fue!...

Aquiles nada, callado, escondida la congoja, apenado de no haber podido hacer otra cosa cuando llegó, y temiendo que en cualquier momento pasase, subiendo,

o bajando, alguien por esta rampa y se le acercase para verle la cara y que lo viese a él llorar, ¡no joda!... ¡como una mujer!...

Y José tratando de entrarle a aquel dolor por alguna parte, como quien quiere arrómar el hombro a alguien que carga una caja que pesa mucho y que uno sabe cómo, y uno no hace sino estarse al lado, como un pendejo, y pujando sólo con la intención, sin poderle echar una mano a Aquiles, ¡qué vaina!

Y Aquiles va y se voltea y arranca caminando rampa abajo, mirando al techo, que es un cemento sin enlucir y que baja también, porque es la misma rampa que supe al otro piso pero visto por el culo, que así lo está viendo y pensando Aquiles mientras va dando esas zancadas y con los ojos abiertos, grandes, para que no se les desborde el agua a esos ojos y le baje por la mejilla, ¡carajo!, caminando como si fuese un ciego, que los ciegos miran hacia arriba, sabiendo que arriba no hay nada que ellos puedan ver, sino para concentrar la atención en los pies, donde están los ojos de los ciegos, y que los de Aquiles van cayendo sobre el piso de cemento como unas palas de goma anchas: paf, paf, paf, y José los está oyendo por detrás, bajando por donde ha bajado su amigo, y queriendo acercársele en algo más que el cuerpo.

Aquiles no coje para la habitación, ni tuerce para el banco del rincón, ni va tampoco para el comedor, porque todavía es muy temprano para formar para la comida, ni va en la dirección del portón, sino que van los pasos grandes en dirección de las rejas, a la placita, y es que allá no hay nadie más que un banco ciego, que está sin vista porque mira al muro, un muro con cascotes de vidrio y alambre de púas que da a las quintas, y se sienta, solo, porque está solo; José le ha dejado ir un poco por su cuenta, para no afrontarlo, pero sin dejarlo de ver, y lo ve ahora sentado, con las piernas anchas y los brazos abiertos en cruz sobre el respaldo, ¡ocupando todo el banco!, y es que no querrá Aquiles que se le sienta nadie al lado, ¡ni acaso él, José, que es su amigo!, y José ve pasar a un grupo de internos hablando de

beisbol y no irán a la placita, espera eso, aunque a veces se reunen allá los grupos para conversar, y no van, por suerte, sino que toman para la piscina, y los está viendo irse un rato, ¡acaso no piensan esos muchachos ni en salir!, y ahí sigue José, que ya dejó de ver el cielo y tiene una pierna sobre la otra y se ha hecho un poco a un lado y tiene las manos juntas, que ya ha debido pasar lo peor, ¡que ver llorar a un hombre es una vaina muy seria!, ¡carajo!, que casi empieza a llorar él, ¡y no antes, sino ahora, pendejo que es uno!..., y avanza en esa dirección, en la de Aquiles, que ya ahora le podrá decir algo, y le llega y le dice, ¡como si no hubiese pasado nada!, ¡¡qué pendejada!!, ¿no?!, como si nada, y con una voz de estarle llegando a un amigo que está feliz de verlo, le dice: "¿qué hubo?", y Aquiles dice lo mismo: "¿qué hubo?"...

38

¡Está la señorita Josefina Rodríguez, por favor!...

La que acaba de abrir la puerta, que no estaba más que entornada, es la señora Campos, y se dice que este señor debe ser de la policía, y le hace pasar, "pase, pase, por favor", y que tome asiento; el Director se sienta en el sillón marrón, que se queda en los muelles, y contesta a la señora que, por favor, que es de parte de un amigo, en el mismo momento en que está llegando Josefina diciendo:

-¡Cómo está usted, doctor!...

-¡Hola, Josefina, ¿cómo se siente?!...

Y ya Josefina le ha llegado a su mano y la sujeta entre las dos de ella, que están frías y temblorosas; la señora Campos está hecha a un lado, sin saber quién es este señor, pero pensando que es algo bueno para Josefina, porque parece embobada viéndolo y diciéndole que qué bueno que haya venido, que ella pensaba ir a visitarlo, aunque... y Josefina se pone a llorar,

y trata de no hacerlo, pero es que no puede, y le ha llegado la señora Campos y la está haciendo sentar en una silla que está cerca del sofá, y dice, no a Josefina, que ella ya conoce todo lo que ella le puede decir, que ya hace días que esta casa parece de alguien que se ha muerto, y dice al doctor que ya ve cómo está la pobre muchacha con ese dolor adentro: reventada; y Josefina la presenta entre sollozos, que es la oportunidad de que se entere la señora Campos también de quién es este señor, ¡y se alegra mucho!, y comienza a contarle cómo fue que le quitaron a Robertico, con mil detalles, los que ella recuerda y los que se han ido acumulando con la intuición y la fantasía de ellas dos y Hugo hablando de lo mismo.

-No se preocupen- dice el director- que el muchachito regresa pronto.

-¿Regresará pronto, doctor?- dice Josefina.

-¡Que Dios lo quiera!- dice la señora Campos- por el muchachito y por Josefina, que no ha dormido una hora!...

Josefina pregunta entonces que cómo ha llegado hasta allá, hasta la casa.

-La doctora Moreno llamó primero a la casa donde trabajó usted...

-¡Y le dijeron que me habían botado!...

-Sí, pero no se preocupe por eso, que le sobrará dónde bajar...

Josefina explica que no fue la señora, que es muy buena, sino que fue él, que es un hombre desconfiado y maluco; y pregunta a ver, entonces, por dónde había sabido la dirección de la casa...

-Por Aquiles.

-¿Y Aquiles sabe esto?!...

El director le explica que no, que fue con la excusa de completar el expediente, y que no se mortifique, que lo de su hermano va bien y todo se va a arreglar pronto... ¡y cómo había podido averiguar Villanueva esta dirección!... ¡porque fue Villanueva, ¿no?!...

Josefina está pensando ahora, y por primera vez, ¡que ha podido ser el tío Raúl, que la vio por aquí!, ¿quién sabe?; todavía entonces no estaba Robertico en esta casa, pero Raúl pudo buscar por esta zona más tarde, no por él, sino por ella, y pudo tropezar con el muchacho como lo vio a ella, ¡ese hombre es capaz de cualquier cosa!...

La señora Campos está diciendo por su lado al director que no sabe, que ella no lo conoce, pero que por las señas que había dado Josefina parecía él, aunque se puede equivocar, ¡porque estaba muy nerviosa cuando se vinieron a llevar al muchachito!...

Josefina cree que debe decir algo del tío Raúl, porque pueden que sean cosas de él, para... lo que fuese, y eso la asusta, porque ahora se le estaban abriendo, y de un golpe, dos caminos que seguir y no uno sólo, y ella tenía más confianza en Rosa, aún con el loco Villanueva al lado, porque era su hermanito, y este otro no, porque no es nada de nadie y sólo las ha buscado a ellas por lo peor...

El director está diciendo que todo parece cosa de Villanueva, porque ese muchacho procede siempre así...

-¿Y ustedes ya hablaron con la policía, doctor?- pregunta Josefina.

-Sí, yo personalmente llamé a todas las policías de Caracas y comprobé que no había habido ninguna orden de recoger a un muchachito.

-¿Y denunció a Villanueva, doctor?...

El director le dice que sí, que el caso Villanueva es ya de varios días para la policía, por otras cosas, y que ésta era una pista distinta a la que habían seguido hasta ahora, sin resultado, y que era muy-muy probable que todo esto fuese cosa de él; la señora Campos la está ratificando ahora todo con señales inconfundibles...

Josefina ha quedado pensativa, y es que es verdad que podía ser Villanueva;

¿y si no es, y están perjudicando a Rosa?; puede hablar ella todavía del tío Raúl; pero ¿si el tío Raúl no tiene nada que ver en esto, si, además, eso desvía a la policía hacia caminos que no son?, ¡y Robertico está más lejos, cada hora que pasa le parece que lo están llevando más y más lejos!...

El director estaba diciendo, mitad para Josefina, mitad para la señora Campos, aunque él estaba viendo a Josefina preocupada y por su cuenta, como era muy natural, que puso a la orden de la policía todo el expediente de Villanueva, y que la policía le dijo que ese mismo sujeto estaba siendo buscado hacía semanas acusado de homicidios, de más de uno, y que en cuanto lo tuviese en sus manos lo iban a llamar.

¿Y no lo llamaron, doctor?

-No... ¿y vinieron ya aquí a investigar?

La señora Campos le dice que no, y Josefina repite que no.

-Bueno, eso toma su tiempo- les dice el director- la primera vez que los llamé no tenía esta dirección; volví a llamarles para dársela esta mañana; en cuanto llegan aquí, me avisan, quiero estar seguro de que vinieron y están buscando por donde es...

¿Y ellas, las dos mujeres, tenían que decir todo lo que sabían, todo?

-Todo, digan todo.

-¿Lo de Rosa también?...- pregunta Josefina.

-Todo, porque la policía necesita saber todo...- y ya está mirando a su reloj, y está insistiendo en que la suerte del muchachito está en las manos de Villanueva y que hay que buscarlo sabiendo con quién está, con Rosa, y tienen que tener las señas de Robertico, todo...-y les voy a pedir este favor: que en cuanto llegue la policía me den una llamada...-y el director se da cuenta que allá no hay teléfono, pero pregunta a la señora Campos si hay algún teléfono cerca...

La señora Campos le dice que sí, que ahora han puesto un teléfono público a media cuadra, que es muy conveniente, porque...

-Bueno, entonces me llaman en cuanto sepan algo, por la policía o de cualquier otro modo...- y le está anotando en una tarjeta los números de teléfono...- si es durante el día me llaman a la Casa de Observación, y si es de noche a mi casa- y pasa la tarjeta a Josefina.

-Sí, doctor, muchas gracias.

-¡No faltaba más!- dice la señora Campos acompañándole al director mientras éste va saliendo de la puerta roja- ¡si ese muchacho era el sol de esta casa!...

Josefina se ha sentado a llorar.

39

Serían las once cuando Aquiles se subió a la mata de mango; no se apresuró en sus movimientos, sino que después del esfuerzo y la tensión se quedó respirando, viendo lo que se podía ver, que eran tres focos de luz subidos en la esquina, sobre el ángulo del muro, y que alumbraban muy bien la cancha y parte de la piscina y la entrada de la administración; estaría ahora el portero Arias en su oficina, seguro de que esta noche sería como las demás; José Armas echado en la cama, sin dormir, pensando en lo que estaría haciendo él; estaban esos pedazos de vidrio con las puntas afiladas formando apretadamente a todo lo largo de la cabeza de aquel muro interminable, y había esas dos hileras de alambre de púas coronando los vidrios; Aquiles ve los mangos, todavía pequeños como metras, unidos en racimos grandes, milagrosamente colgados uno a uno de aquellos hilos por donde les llega silenciosamente su alimento, y siente por primera vez que todo está callado, hasta su propio respirar, y que ya el

perro que estaba latiendo cerca se ha callado, y que no se mueve nadie en ninguna parte, ni del otro lado del muro, más que de vez en vez, cuando pasa un carro; Aquiles lleva ya diez minutos así y no ha pasado nada... está sentado sobre un tronco grueso, ya tranquilo, pensando en la forma de saltar el muro sin hacer ruido y sin hacerse daño, porque ¿para que todo esto si después de llegar aquí se rompe una pierna al saltar o si antes de llegar al suelo le corta un vidrio la carne por cualquier lado que sea y el corte lo desangra en el camino?...; se palpa el bolsillo, donde tiene los dos bolívares para pagarse el autobús o un camito por puestos, eso lo verá después, y se da cuenta que podría dejarse correr sobre este mismo tronco donde está sentado ahora, y podría deslizarse hasta casi encima de los dientes de vidrio y podría luego saltar a la carretera, que son unos cinco o seis metros, o también, y esta es la segunda solución que ve ahora, y que desde abajo no se veía, también podría descolgarse lentamente agarrado con las manos a una rama más delgada, pero que llega hasta justo encima del muro y los vidrios y los alambres de púa, y allá podría él, que tiene zapatos de cuero, pararse por un momento sobre los vidrios, que con estar de pie allá no va a lastimarse, y después brincar de un salto los alambres y caer parado sobre la carretera; bueno, le quedan esas dos soluciones, y no hay otra, porque una cosa es estarse pensando el salto en la cama, como soñando, y otra es estar ahora sobre el árbol y sobre el muro y sobre esos vidrios puyúos que parecen estarle esperando a uno, la que se caiga uno encima de culo, carajo!...; éste es el peligro!; pero también le viene a la cabeza Josefina, que está pasando por algo malo, seguro, y Robertico, que debe estar para algo también en este enredo, y ¡Villanueva!, que debe estar cogiéndose a Rosa, su hermana por más que sea, en este momento, y haciendo quién sabe qué daño a su gente, porque ése no puede hacer nada bueno a nadie, porque hasta a él lo tocó, ¡carajo!...; pero estas cosas hay que hacerlas despacio, porque así es

como hace Vilãamueva las cosas, y así se fugó también, sin que nadie se diese cuenta; y lo que hizo aquel marico también lo puede hacer él, y se ríe Aquiles, por dentro, por la verdad, y mira en derredor suyo y no hay nada que se mueva, y ahora, por primera vez, huele a algo que debe ser la mata de mango, que es como un aliento de animal, algo, un olor caliente, y huele y huele, a ver qué puede ser, y al ponerse a oler es cuando le llega un olor suave a flores..., ¡todo es ponerle atención!...; ¡ah, ahí está el perro ladrando otra vez!, y es lo único que oye, y también se oye ahora, ¡todo es ponerse a escuchar fuera de uno!, se oye un chirrido metálico, interminable, de chicharras, y de vez en cuando una nota aguda, como un pequeño grito, que debe ser un pájaro, o que también puede ser una rana; y se oye él mismo, que ya no respira como antes, que parecía que tenía un fuelle dentro, pero que se oye los golpes del corazón, que es un ruido que lo pone nervioso, porque aunque él sabe que este ruido no lo está oyendo nadie más que él, ¡para qué tiene que oirse uno mismo!...; ya se acerca un carro, que casi todos vienen como desde Caracas hacia Petare, en esa dirección, y... ahí está, ya pasó, y tiene que ser ahora, porque después puede venir otro, y no hay cosa peor que le agarre a uno la luz del carro guindado del tronco de la mata de mango a cinco o seis metros de altura, como una pereza... no, ya él se /va a deslizar, así, guindado... ¡no se va a reventar este palo!... guindado, así, sin ruido, ya está llegando a donde están los racimos... ¡ah!, ¡pero falta todavía un metro para alcanzar el muro!... y la rama no da más, porque ya está cediendo un poco con su peso, y el muro y los ~~casos~~ de botella, se le van a quedar arriba, y él va a ir bajando, con la rama, ¡como ya se va!, pero lo único aquí es quedarse quieto un ratico, darse un empujón uno mismo, como en un columpio, y alcanzar el muro, los vidrios, con los pies... ¡ya está!, pero está mal, porque está casi como si estuviese agostado en el aire, con los dos pies en el muro y las manos agarradas a la rama, y se está cansando, y hay que hacer algo más, ¡para escapar-

se de esta Casa hay necesidad de hacer algo más, y hará el esfuerzo, no sabe cómo, pero tiene que hacerlo!, porque ya sus pies están firmes en unos huecos que han buscado a tientas entre las puntas de vidrio, y Aquiles sabe que tiene que usar de todas las fuerzas que tiene, y más, que lo que le toca ahora es afincarse los pies entre los vidrios y echarse él el cuerpo para arriba, como puede, halando con cuidado de la rama y el racimo de mangos, que se pueden romper,..., y hace un último esfuerzo y suelta la rama y alarga los dos brazos y las dos manos para asirse en lo oscuro de algo que debe ser un alambre de púas, por encima del vidrio, y ¡está el alambre!, y se ve de pronto sobre el muro, a distancia de la mata de mango, ¡ha sido como un milagro!, ¡carajo!, y se ha cortado la mano con una púa, y él siente que está sangrando, pero lo que hay que hacer ahora es saltar a la carretera, que la ve alumbrada, y tiene que hacerlo antes de que llegue un carro, y ahora descubre que saltar es más fácil de lo que se imaginaba, porque puede agarrarse del hierro donde están sujetos los alambres y puede dejarse descolgar como un metro, de forma que el salto ya no es tan grande, sino de unos cuatro metros, que eso no es demasiado tampoco... y se voltea, y se salva de los alambres y de las púas, que se le enganchan en el pantalón y en la camisa, y salta, y cae de pie sobre el asfalto, sin daño, y casi sin ruido; ya lo tiene pensado, y coge para la izquierda, en la dirección de Caracas, porque por ahí hay menos luz y hay menos circulación de vehículos, no lo sabe por él mismo sino por lo que le dijo Villanueva, y hay un riesgo, y es que lo vea pasar el guardián, que tiene una ventana por donde ve la vía, y él ya tuvo el cuidado de ponerse otra ropa que no sea el uniforme, y va a hacer como si fuese cualquier otro que pasa en dirección a su casa, de lo que sea, ¿no?, y camina, camina, a plena luz, porque ahí no hay más que postes de luz que lo alumbran todo, y sigue, con el corazón saltándole por sobre la camisa, que es una que le trajo Josefina, y que la siente mojada del sudor, pegada al cuerpo, y sigue sin mirar atrás,

y pasa por delante de la ventana, que está alumbrada, y sigue, y ya pasó, porque nadie le ha dicho nada, y sigue, y ya después de esa curva podrá hacer lo que quiera, porque ya ésa es una calle casi sin luces, y sigue, pero oye que en la misma esquina hay hombres hablando, y se detiene, porque quién sabe si el portero no estará ahí conversando con amigos, ¿no?, y va lentamente, sin mirar atrás, pero lentamente, escuchando las voces, y llega casi a la misma esquina, y lo que ve es ¡una radiopatrulla! que está parada ahí, en frente de un botiquín, ¡cómo no le dijo Villanueva que había un botiquín en la esquina!, y le parece que es tonto arriesgarse a que un policía lo llame por cualquier cosa y se haga sospechoso y lo prendan, ¿no?, y siente que los hombres que están en la puerta del botiquín se ríen, y seguramente se están tomando una cerceza, y le viene a la cabeza que por qué no puede él regresar y coger por la otra vía, la de la placita donde para el autobús de Los Chorros, que eso sí conoce, que aunque es una vía más alumbrada y por donde anda más gente, ¡por eso mismo, porque anda más gente, nadie se va a fijar en él!, y eso mismo, regresa, y ¡lo malo es que tiene que pasar de nuevo frente a la ventana del portón!... con una ventaja, que él ve ahora la ventana alumbrada de frente, ¡y ve que no hay nadie!, ¿quién sabe si hasta está Arias conversando y tomando en la esquina con los policías?... contra el reglamento, pero ¡cuántas cosas no se hacen contra el reglamento, como él ahora, que se está escapando contra el reglamento de no escapar, ¿no?!; bueno, menos mal que ya la ventana no es problema, y sigue andando, sin mirar a ninguna parte, sólo a sus pies y a la carretera, y avanza, avanza, ahora se le crece el muro a su derecha, un muro gigantesco, enorme, ¡que no se acaba!, y él va viendo ese muro, sin casi mirarlo, y le ve los resplandores arriba, unos marrones, otros verdes, como tremendos dientes de vidrio, y ve las dos hileras de alambres, con púas mordiendo el aire, y él sigue caminando, sigue y sigue, y este muro que no

termina; ¡y está ladrando el perro otra vez, por aquí cerca!, "vete despacio, Aquiles"... él no debe correr, porque eso es peor, cualquiera le puede ver correr y le sigue o le dispara un tiro, porque podría ser un ladrón, ¿no?; nada, a paso lento, y el perro sigue ladrando todavía, pero ya no tiene el ladrido la furiosa voz de antes; se calló el perro, y ahí están los tres focos prendidos de la Casa de Observación en la misma esquina, ¡por fin termina este muro del coño!; sigue caminando, caminando hay muy poca luz en el camino, y mangos, mucha mata de mango a los lados, y ¡ah, una calle!, una calle que baja, y que puede llevarlo a la avenida, abajo, donde piensa coger el autobús, si hay autobús a esta hora, y sin pasar por la placita, y coge la calle, que es estrecha, con dos hileras muy pegadas de quintas, sin árboles, y las luces están casi todas apagadas y esto le parece a Aquiles muy bueno, ya se siente más seguro, y llega al final y busca una salida y no la halla, ¡es una calle ciega!, y se tiene que regresar, ya con paso más apurado, porque toda aquella calma le ha servido para descansar un rato, pero está de nuevo donde estaba, y sale a la carretera otra vez, a las matas de mango, que llevan a la placita, que está muy alumbrada... ¡y sólo ahora se da cuenta que tiene la camisa roja de la sangre! y le han caído grandes gotas sobre el pantalón, y hasta sobre los zapatos, y es que le estaba sangrando un dedo, y mucho, y se saca el pañuelo, ¡suerte que carga uno!, y lo envuelve; no hay autobús en la placita, y, mejor, porque no hay nadie tampoco, ¡y si lo ven con toda aquella ropa manchada de sangre!; así va bajando ahora por la Avenida El Rosario, camino de la Avenida Miranda, dond^e habrá autobuses, puede ser, ¡y cómo va él a coger un autobús con aquella camisa!; comienza a llover, no mucho, sino una garúa seguida, la está viendo contra las luces del camino y lo puede sentir en la cara y en la espalda, que se le está mojando muy poco a poco; ahora que ha aprendido, puede leer: "Bar Nico", "Garage, no pase", "Cerveza Polar", "Cerveza Caracas", "Tintorería"... y se encuentra con unos enormes camiones que están

frente a algo que debe ser un almacén; CADA, lee, y ve una garita, y en la garita un guardia nacional recostado sobre una metralleta. ¡Aquiles endereza todo el cuerpo y avanza tieso, tieso, sin mirar a ninguna parte!, y nadie le dice nada, y sigue bajando, bajando, y llega a un puentecito sobre una quebrada, y ya aquí está todo oscuro otra vez, y baja, baja, entre carros montados sobre la acera y casas hasta la Avenida Miranda, y aquí hay carros, ¡muchos carros en todas direcciones!, disparando luces, y otras quietas colgadas de los postes, y trata de hacer algo con su camisa, que se ve ahora como morada con esta luz, y se la desabrocha y la enrolla un poco por los dos lados, de forma que le queda el pecho descubierto y con la camisa cubriéndole sólo la espalda; así al menos no se ve la sangre, y se fija en sus pantalones, que también están ensangrentados, pero mucho menos, y se dice que no debe montar en un autobús, porque es arriesgarse demasiado, porque quién quita que alguien le pregunte qué le pasa con aquella ropa, por qué la tiene manchada de sangre, y tanta, y eso hasta se lo puede preguntar un policía, y entonces lo detienen, ¿no?; lo mejor será continuar la marcha, y aunque la casa de Hugo está muy lejos, tiene toda la noche para caminar, que no serán todavía las doce, y podrá llegar allá antes del amanecer; ya está dejando de llover, y cuando pasa frente al semáforo de Los Dos Caminos ya no llueve del todo, y sigue caminando con miedo entre la gente, porque hay alguna gente, no se sabe haciendo qué, por este lado, y sigue hasta llegar a lo que es los Palos Grandes, y allá siente miedo porque se le queda viendo el portero de un restaurant, que, por lo visto, está abierto tarde en las noches, y nada, sigue caminando, y aquí, en Altamira, es donde tenía que tomar más precauciones, porque siempre hay agentes de tráfico, y policías, hasta el amanecer, y hay un restaurant grande, muy alumbrado, donde queda gente conver-

sando en la terraza, pero nadie se fija en él, los carros pasan a toda velocidad, comiéndose las luces de los semáforos, y sigue caminando por La Castellana, hasta que se siente muy cansado, ¡muy cansado!, como si de pronto se le hubiesen vuelto las piernas y los pies de algo muy blando, y se sienta, se deja caer sobre la escalera del cine, en un rincón donde no lo pueden ver fácilmente; ve un reloj de anuncio con las doce y media en sus brazos; aquí, sentado como está, se queda dormido; cuando se ha despertado son la una y cuarto, siente frío, no ve a nadie, siente amarga la boca, se quita el pañuelo y ve que ya el dedo no está sangrando, pero vuelve a amarrarlo, porque así estará mejor, y se levanta; no llueve; camina con alguna prisa por todo lo que es Chacao, pasa por encima de un puente donde hay dos mujeres juntas, esperando a que pase algún carro, y más adelante, frente al Cine Lido, a una gorda, muy peinada, con su cartera del brazo, paseando de un lado para otro debajo de una luz, para que la vean, y no le dice nada, ni ella lo mira siquiera, y sigue hasta Sabana Grande, que está muy alumbrado, pero donde hay muy poca gente y muchos carros estacionados, y así, con el paso ya lento, muy cansado, pero ya muy esperanzado, llega a la Plaza Venezuela; son casi las tres, pero ya está más cerca, y sigue, sigue, se mete por el Parque de los Caobos, que está muy oscuro y está roto por todos lados, y por donde están los Museos, para tropezar con menos gente, ¡que ya no se ve gente!, y sigue y va saliendo de donde era, ¡donde es!, y llegó, ¡¡por fin!!:

Toca la puerta con dos golpes menudos; y oye que dice alguien algo dentro; pero nada más; y vuelve a tocar, y entonces sí oye que alguien que parece Josefina en la voz dice:

-Hugo, están llamando a la puerta.

Y hay alguien con voz de hombre que dice:

-¿La puerta?

Y vuelve a oír hablar a Josefina, ahora es ella, que está diciendo:

-Sí, hay alguien en esa puerta.

Y otra vez el hombre, y ahora preguntando:

-¿No será la policía?

-¿A esta hora?...

Y está a punto de decir que no, que no es la policía, que es él, Aquiles, y oye entonces que dice el hombre otra vez:

-Quién sabe; acaso llegan a esta hora...

Luego se oye otra voz de mujer que puede ser la de la señora Campos que dice:

-Abre la puerta de una vez, Hugo.

Y contesta de nuevo el hombre, pero ya cerca de la puerta:

Ya va, mamá... ¡Aquiles!...

Y ya es Hugo el que abre, y se abrazan; y la que grita ahora es Josefina:

-¡Aquiles!...

-Sí, hermana; y qué, ¿dónde está Robertido?

-¡No está!...

-¿No está?!

-No, pero no te asustes; ya vamos a hablar, siéntate... ¿qué te pasó en la camisa?... ¡Estás herido!... ¡¡Qué fue!!

-No, hermana, nada; me corté el dedo; mira... nada.

-Pero la camisa; quitatela, yo te traigo una... ¡pero si no tengo una camisa para tí!...

-Yo le traigo una de Hugo...

-¿Te fugaste?....

-Claro, hermana; yo me venía oliendo algo.

-¿Y José?

-José está bien, hermana; dime: ¿dónde está Robertico!

-Se lo llevaron, hijo, se lo llevaron... ¡Y la culpa la tengo yo!

-¿¡Usted!?

-Sí, hijo, porque no debí haberle hecho caso a ese hombre...

-No le hagas caso, hermano...

-¡Qué hombre!

-Fue Villanueva...

-¡¡Villanueva!!

-Sí; parece que sí.

-¿No están seguros?

-Creo que sí; la señora Campos dice que el hombre es el mismo que le digo yo. Y ¿qué otro podría ser?

-Sí, estas son cosas de Rosa...

-Sí.

-¿Dónde está ella?

-No sabemos; ellos se mudaron de la casa, y no sabemos a dónde.

-¡Yo lo voy a buscar!

-¡No vayas tú a ninguna parte, hermano!

-¡Sí voy!...

-Yo te acompaño...- dice Hugo.

-¿A dónde vamos primero?...

-Bueno, yo estuve en el barrio donde mató al compadre suyo, el que tenía la plata...

-¡Villanueva mató a un hombre?!...

-Sí, y anduve viendo por donde él tiene sus amigos, por si averigaba algo. No lo conseguí. No quise preguntar demasiado, porque hay que conseguirlo de sorpresa; ¡si no se esconde, ¿comprendes?!

-Claro... ¡Pues lo vamos a buscar ya!

-¿¡Ahora mismo!?- es la prudencia de Hugo

-Sí, y si no quieres te quedas...

-No, ya voy; déjame ponerme un pantalón y una camisa...

-Y tú, hermana, no te muevas de aquí... ¡¿y por qué estás tú aquí?!

-¿Aquí?... Y ¿dónde quieres que esté?

-¿No estabas trabajando, pues?

-Sí; pero me botaron.

-¿Por qué?...

-Yo te lo cuento ahora -dice Hugo-; vámonos.

-¡Andense con cuidado, hijos!;;con mucho cuidado!....

-Hugo -le dice Aquiles al salir con él.

-¿Qué?

-Por dónde empezamos...

-Vamos para San Agustín; quiero ver a alguien allá...

-¿No lo viste antes? -pregunta Aquiles.

-No; me vino ahora...; puede que sepa algo... Por qué me miras así...

-No sé...

-¡Dime por qué!...

-Sí, hombre, te lo voy a decir: ¡Sabes que estoy encerrado, y ni se te ocurre venir una vez a visitarme!

-Tienes razón...

-Yo sé que tengo razón; lo que no sé es por qué tengo razón....

-¿Por qué?

-Sí, ¿qué te he hecho yo para que no vengas a verme?

-Nada; tú no me has hecho nada.

-¿Quién ha sido?... ¿Mi hermana Josefina?

-Sí...

-¿Sí?

-Sí; ha sido por ella...

-¿Qué te ha hecho ella?

-No, ella no me ha hecho nada...

-¡Te ha hecho o no te ha hecho!

-Bueno, vale, te voy a decir la verdad; yo estoy enamorado de tu hermana...

-Ah, entonces José tenía razón...

-¿José Armas?

-Claro.

-¿Por qué?

-Porque él estaba ya celoso de tí.

-¿De mí?... ¿Por qué?

-No, por lo del domingo... ¡O el domingo ya estaba Robertico fuera de la casa!

-Claro; lo llevaron el sábado.

-Entonces, Josefina estaba llorando por eso... ¡Ya sabía yo que había algo muy enredado en todo esto!

-Y ¿qué decía José Armas?

-No, nada; que él creía que Josefina estaba saliendo contigo...

-¡Ojalá!

-Entonces, ¿no?

-No; por eso no quería ir, porque no quería conocer a ese José Armas, ¿comprendes?...

-Eso era todo...

-Sí. Ya ves que son puros celos.

-Está bien.

-¿Amigos?

-Amigos. Y ahora, ¿tienes alguna manera de conseguirte un arma?

-¿Un arma?- se pregunta para reflexionar.

-Sí, ¿tú crees que yo voy a acercarme a ese marico asesino sin un arma?

-Sí, es verdad; ¡no te metas en un lío, Aquiles!...

-Yo no me metí, Hugo, ¡me metieron, coño!

-Sí, ya sé; bueno, tengo que volver a casa...

-No, espera; vamos a ver primero qué sabemos de él; y después recojemos el arma; ¿vamos a ir así, caminando?...

-Claro; autobús no hay; carro no tengo; ¿dónde tienes tú tu carro?

-¿Qué carro?

-Bueno, ¿no dices que cómo vamos a ir caminando, pues?

-Sí, claro...

-No, no está lejos.

-Ese tipo, ¿quién es?

-¿El Chino?

-¿Es al Chino al que vamos a ver?

-Sí. ¿Lo conoces?

-Claro que sí. Y ¿qué tiene que ver el chino en esto?

-No, que el Chino tiene ahora unas mujeres; y el marico viene a buscar alguna de vez en cuando; él me contó algunas cosas de él; lo que yo no sabía entonces es que él te conocía, ni que andaba con tu hermana, ni nada de eso...

-¡A ese coño de marico lo mato yo!

-Mejor no.

-¿Por qué?

-Te vas a enredar. Tú sabes lo que es estar preso ahora; no te dejes enredar por este marico que no vale medio, ¿comprendes?... Vamos a buscarlo, y diremos a la policía dónde está, y lo van a agarrar.

¿Tú sabes que el director de la Casa de Observación, el de Los Chorros, estuvo en la casa?

-¡El Director?!

-Sí; todos andan ya detrás de él; la policía vendrá a mi casa en cualquier momento, y lo andan buscando...

-¡El Director estuvo hablando con Josefina de esto!

-Claro, viejo. Por eso te digo que vamos a buscarlo; pero cuando sepamos donde está, que lo consiga la policía; ellos saben cómo hacerlo, y así no te enredan a tí, ¿comprendes?

-Bueno, vamos a ver...

-Estamos llegando.

-¿El Chino vive ahora aquí?

-Sí; ¿no te digo que tiene una mujeres?... ¡Esta es su nueva residencia!...

-¡Chino!...

-¿Qué hubo?

-¡Soy Hugo!...

-Ajá...

-¡Abre!

-Ya va... ¿Qué andas tú, tan tarde?... ¡Y Aquiles!... ¿Quieren una mujer?

-¿¡Una para los dos!?

-Tengo una que vale por dos, ¡no joda!

-No, no queremos una mujer, queremos un marico.

-¡Un marico!

-Queremos saber dónde está...

-¿Cuál?... ¡Maricos hay muchos!... Y ¿para qué quieres tú un marico?

-Bueno, lo estamos buscando, para algo...

-Para cojerlo no.

-No, para eso no... Villanueva, ¿dónde está?

-¿Villanueva?... ¡Ese coño se encueró, y ya no viene por aquí!

-¿Está con quién?

-No sé, una putica, por ahí... Hace tiempo que no viene por aquí.

-¿Dónde vive?... ¿No sabes?

-No, saber, no sé.

-¡Coño, antes sabías todo, y ya no sabes nada; Chino del coño!

-Pues qué hago yo, si no sé...

-Antes sabías todo; te estás volviendo viejo, cabrón...

-¿Viejo?... ¡No joda!

-Bueno, dime por dónde puedo buscar yo a ese coño de Villanueva; no me hagas perder tiempo, que es urgente...

-¿Tú conoces a Luis?

-¿Luis, el marico?

-Sí...

-Claro que lo conozco; ése vivía por donde vivías tú, Aquiles...

-¿El marico Luis, el del Manicomio?

-Sí.

-Claro que lo conozco...

-Bueno, vayan a verlo; Villanueva se ha estado cojiendo a Luis... ¡hasta en su casa, pues!

-¿Cómo lo sabes?

-¡No dices tú, pues, que este Chino del coño lo sabe todo?!

-Lo sabía...

-Lo sabe, coñón, lo sabe... Váyanse para allá...

-¿Estará en su casa?

-Debe estar... ¡A menos que esté comiendo otra cosa por ahí!...

-Bueno, Chino, gracias...

-¡Cuidense de Luis... ¡que el que prueba repite!!

-¡No sea usted marico!

-Ala, pues; buen viaje...

-Oye, tú tratas demasiado mal a ese chino, carajo...

-No, es que esa es la manera, viejo; si tú vas a preguntarle algo con maneras, como hombre fino, pues nada, ése es más callado que el coño;

pero si le dices que él ya no sirve para nada, que no tiene nada, que ya está para la basura, pues entonces se crece, y se las da de todo... ¡ya lo vistes!....

-Sí.

-Y, ¿cómo vamos a ir nosotros ahora hasta El Manicomio?

-Sí, a pata no podemos... Cojeremos un taxi...

-¿Habrá?

-Sí, haber sí hay; la plata, no sé si me quedan diez bolívares.

-Ahí sí no te puedo ayudar yo...

-¿No cargas plata?

-¿Plata?.... ¡¿De dónde?!... Lo que cargo son dos bolívares.

-Bueno, sí tengo diez bolívares. Ahora vamos a esperar que pase un taxi...

Pero vamos caminando...

-Hace mucho que no he visto a Luis; añisimos...

-Yo sí, lo veo; sigue tan marico como siempre; ¡y es fino, el puto ese, ¿sabes?!

-¿Ah, sí?... Ahí viene un Libre...

-¿Y ese coño no para?

-¡No para!

-Es que tiene miedo que los asalten...

-Y ¿para qué andan circulando, entonces?

-Si consiguen un hombre solo, o una mujer, sí paran; con dos hombres juntos, ¡mf!

-Y ¿qué hacemos?

-Seguiremos probando; alguno para; siempre hay alguien más confiado que otro...

-¿Tú eres confiado?

-¿Yo?... A veces.

-¿Y tú?

-Yo también, a veces... Ahí viene un taxi... ¡Epa!... Ese sí para...

Vámonos... Al Manicomio, ¿cuánto?

-Yo al Manicomio no subo...

-Y ¿dónde subes tú?

-Yo los llevo hasta la pata del cerro a la avenida Sucre; más arriba no subo...

-¿No?... ¿Por qué?

-¿Para que me jodan?

-¿Quién??...

-Allá arriba, el que sea.

-Bueno, ¡llévenos hasta donde puedas, pues!... ¿Conforme?

-Conforme. Y me pagan antes de arrancar...

-¡Tú lo que te estás buscando es que te atraquen!

-No, lo que estoy tratando es que me paguen. Y si no, se bajan. Y tengo una cabilla en la mano... ¡y si hay tiros, también tengo tiros!...

-¡Coño!...

-Sin coño ni nada; diez bolívares, o se bajan ya...

-Aquí están, valezón; y muchas gracias por la confianza...

-¡Eso es regalo de la casa!

-Pero, bueno, ¡esto es Chicago o qué!

-Ay, mi hermano; tú has estado allá dentro, y no sabes; esto está cada vez peor...

-No, esto ha estado siempre igual; lo que pasa que a veces uno tropieza con gente y otras veces uno tropieza con lo que no es, ¿comprenden?...

-Sí, hombre; está bien...

-Y ustedes dos perdonen; pero pensé que no eran nada bueno.

-Y, ¿por qué paraste?

-Porque tengo que comer también, ¿no?

-Claro, tú también tienes que comer...

-Yo también; y mi mujer, y mis siete hijos; o ¿es que eso está prohibido ahora?

-No, mi hermano, no...

-Bueno, Hugo, y si está Luis en la casa, ¿qué hacemos?

-¿Cómo que qué hacemos?... Vamos a hablar con él, y le preguntamos si sabe dónde está el hombre. ¿Qué más?

-Nada más.

-¿O quieres algo más?

-¡No sea usted güebón también!...

-Bueno, hablamos con él; ¡y algo nos dice!

-¿Y si está en compañía?

-No, en la casa no está con nadie; él vive con su mamá, y su mamá no es mujer para permitirle eso a su hijo en la casa....

-Pero ella tiene que saber de eso, ¿no?

-Claro, tiene que saber; o tiene que suponerse, al menos; pero él trae su diario a casa, y su madre se hará la ciega, o la sorda, o todo a la vez; pero de ahí a que lo permita en su misma casa, no....

-Sí, la viejita parece decente.

-Lo es; hasta lo que es el hombre, pues, ¿comprendes?...

-Dirás de la mujer...

-Es la misma vaina, la misma; ¿qué importa que la puta sea un

hombre o que sea una mujer, ah?

-Yo les digo, si puedo decirles algo desde aquí, desde el volante, que sí importa que la puta sea una mujer o no, ¡porque yo no me cojo una puta pèlúa y con calzoncillos ni loco!

-Bueno, ¿quién sabe?... ¡Se puede afeitar!

-¡¿Afeitados a mí?!... ¡Mira!... Bueno, y hablando de eso, aquí están donde están, que más arriba no subo...

-¿Más arriba no subes?

-No, por diez bolívares no subo más arriba, ¡ni loco que fuera!

-Bueno, y como, últimadamente, más de diez bolívares no tenemos, hasta aquí llegamos, ¿no Aquiles?

-Sí.

-Felicidad, compañero.

-Que consigan al marico bien fresquecito...

-Ojalá esté ahí...

-¡Gusto de locos, carajo!...

-Ese hombre cree que vamos a cojernos al marico de verdad...

-Claro; en algo tiene que creer, ~~según~~

-Claro. Allá, en la Casa de Observación, uno cree en cualquier vaina, también...

-¿En qué cree uno allá?

-Allá uno cree en todo lo que le dicen...

-Pero allá no se cogen ustedes uno al otro...

-¡No! Aquello es del Consejo Venezolano del Niño, y eso es muy serio, ¿sabes?

- ¿Sí?

-Sí, señor. Debías haber ido a verme.

-Ya te dije por qué no fui...

-Lo tuyo, con Josefina, ¿es serio?

-Sí, lo mío es en serio.

-¿Y ella?

-A ella no le he dicho nada...

-¿¡Nada!?

-No, o muy poco...

-Y, ¿qué?... ¿qué piensas hacer?

-Nada. Ella está enamorada de ese José Armas, ¿no?

-Sí, creo que sí...

-¿Crees que sí?

-Seguro.

-Ah....

-Y él también; siento decirte esto, pero él también está loco por Josefina; no sé qué tiene mi hermana, pero es así...

-Claro...

-Oye, no hay nadie por aquí; y está oscuro; ¡aquí nos pueden asaltar...

-¿Asaltar qué?

-A nosotros, nos pueden asaltar.

-Nos pueden asaltar, ¿qué?... ¿qué nos pueden quitar?... ¿llevas algo encima?

-No.

-Entonces, ¿qué carajo quieres que nos asalten?

-Pero nos pueden dar un susto; pueden creer que sí cargamos con algo...

-¡¿Qué carajo van a pensar que nosotros llevamos algo encima!

-¿La casa de Luis es aquí, no?

-No, más arriba...

-¿Si no está?

-Si no está, pues no está.

-Hugo...

-¿Qué?

-¿Estás bravo conmigo?

-No; ¿por qué voy a estar bravo contigo?

-No sé; por lo de Josefina.

-No, Josefina no me hizo nada malo; ni tú tampoco; más bien te hice yo a tí.

-¿Qué me hicistes a mí?

-No fui a verte.

-Ahora ya sé por qué fue; eso es todo.

-¿Sí?

-Claro...

-Esta es la casa de Luis

-¿La puerta verde?

-Sí; ésta... ¿Qué hago?... ¿Toco?

-¡Coño, ¿qué bolas tienes tú?!

-¿Por qué?

-Llevamos una noche caminando, pagamos diez bolívares, se nos va el aire subiendo esta pendiente del coño, ¡y ahora preguntas si tocas la puerta o no!

-Bueno, entonces toco...

-Deben estar dormidos...

-¿Quién?

-Luis, y su mamá... ¿Quiénes creías tú?

-Yo qué sé... Coño, no se mueve nadie... ¿Toco otra vez?

-Toca...

-Vamos a despertar a todo el mundo...

-¡¿Quién es?!

-Ese es Luis... ¡Soy yo, Aquiles!

-¿Qué Aquiles?

-¡Ah, carajo, te confundió con otra!... - se ríe Hugo.

-Cállate tú... ¡Soy Aquiles, Luis; Aquiles Rodríguez....

-Ya va...

-¡Como que se va a poner el salto de cama!

-Cállate, Hugo, hombre...

-¡Ay, y son dos!

-Qué importa que seamos dos...

-Ah, no, es que estabas tú también... Qué es lo que está pasando aquí, ah...

-Mira, Luis, quiero hablar contigo; ¿podemos entrar?

-¿A esta hora?

-¡No tenemos otra, maricón!

-Ay, Huguito, no me digas eso, chico...; bueno me van a perdonar porque salgo así, en bata, ¿no?... Es que anoche...

-Mira, Luis, a mí no me importa cómo te sientes, así cómo estás...- dice Hugo.

-¡A mí tampoco! ¡Yo a los maricos los cojo en pelotas!

-¡Ay!, qué grosero eres, Aquiles, hombre...

-No le hagas caso, Luis; la cosa es urgente; por eso hemos venido a esta hora... Tú conoces a Jesús Villanueva, ¿no?

-¡A Villanueva!... ¡cómo no voy a conocer a Jesús!

-Tú sabes que él está viviendo con mi hermana...

-Con la Rosa, ¿cómo no?...

-Bueno, ellos se mudaron de aquí, ¿no?

-Sí que se mudaron; de eso hace... bueno, ¡añsimos!

-Añsimos no, maricón, que hace quince días estaban todavía aquí; ¡y Villanueva te cojió ahí mismo, en la casa!

-Ay, qué grosero eres, hombre; ¿quién te dijo eso quién?

-El Chino...

-Ay, El Chino sí es hablador, ¡qué horror!...

-Déjame hablar a mí, Hugo, ¿okey?

-Sí, habla- contesta Hugo a Aquiles.

-Bueno, dime Luis, dónde se fueron a vivir...

-¿Quién?

-Villanueva y Rosa, mi hermana.

-Ay, ¡desde que le hicieron policía!

-¡¿Policía?!

-Ay, sí, ¿no sabes que él no podía vivir en un ranchito de aquí, el Manicomio, cuando... ¡hasta gerentes vienen aquí a verme!

-¿Gerentes de qué?

-Gerentes, y de los gordos, sí señor; ¿no me lo creen?

-Yo sí te creo, maricón de mierda; ¡ahora te vas a dar lija conmigo!...

Y eres capaz de decirme que tienes a uno metido en tu cama...

- ¡Ay, acertó!... ¡Acertó!...

- ¡Es verdad, Luis?

- ¡Aquiles, la purita verdad, hombre!...

- ¿Y tu mamá?

- Ay, mi mamá está pasando unos días en casa de mi herma^{na}; tú conoces a la Rosa, la que se casó con el margariteño aquel, ¿no recuerdas?

- Sí...

- Entonces, estás solo...

- No te digo que tengo a uno en la cama, tonto...

- ¡Y cómo ha venido aquí un gerente, ¿a pie!?

- Por qué me dices eso, so pesado...

- Aquí no veo un carro, ni puede subir hasta aquí...

- ¡Pues sí sube, sí sube!... El viene con chofer, y lo vienen a recoger temprano, en la mañana... Ay, ¡no creen eh!... ¡Ustedes no creen nada!...

- Bueno, Luis, no hagas caso a Hugo; yo quisiera saber de Villanueva.

¿Es verdad que lo hicieron policía?

- Que sí, que sí...

- ¿Policía de qué?

- Inspector de policía de la Prefectura, sí señor.

- ¿Y tú sabes dónde vive él?

- Sí que sé...

- ¡No me dirás que has estado con él!

- No, ahora no; es que Rosa está muy celosa, ves, ¡muy celosa!

- ¿De tí?

- Claro, ¿de quién va a ser?

-¿Dónde vive?

-Es un apartamento; él dice que no quiere vivir más en rancho; ¡ahora Villanueva es puro apartamento!

-¿Dónde está ese apartamento?

-Ay... Eso queda... ¿Ustedes saben dónde queda Coche?

-¡¿Coche?!... Claro, en Coche.

-Sí, en Coche; pero ustedes saben que en Coche hay unos bloques del Banco Obrero, ¡bellísimos!...

-Sí...

-Pues hay un lote que está antes de llegar a Coche mismo, a la derecha de la autopista, ¿no?, y hay otro lote después; pues él, Villanueva, está viviendo con Rosa, ¡ay qué suerte tiene esa mujer!, en uno de esos bloques; él me dijo cuál era.. ¡el segundo bloque!; el apartamento sí no sé; ¡no me lo quiso decir!... ¡Es que podía ir yo a visitarlo, sabes, Aquiles... podía ir a visitarlo!...

-Está bien, Luis...

-¿Van a visitarlo ahora?

-Sí, me gustaría ir ahora...

-Aquiles, ¡Vamos a ir ahora mismo, porque tenemos que sacar a Rosa de esa casa!...

-¿Sacarla?....

-¡Claro, hombre, ¿no quieres sacarla de la casa de ese sinvergüenza de Villanueva?!...

-Sí, claro...

-Sí señor... Lo malo es que no tenemos dónde ir, ni dinero; y Coche es

lejos...

-Sí, ¡ay!, Coche está muy lejos...

-¿Me puedes prestar tú veinte bolívares, Luis?

-.. ¡Ay, veinte bolívares?!...

-¡No me dices que tienes a un gerente ahí dentro, coño!

-¡Ay!, pues es la verdad...

-¡Y no nos vas a prestar veinte bolívares piches que le puedes quitar tú con un beso de lengua, coño!

-¡Ay, qué grosero es!

-Bueno, ¿nos prestas los veinte bolos, o no?

-Pues espera, voy a ver, ¿sabes?...

-Qué me dices de sacar a Rosa de allá?...

-Déjame hacer, pareces guebón... éste está celoso, y nos da cualquier cosa por salir de Rosa, ¿comprendes?

-Ah...

-¡Ay!, estás como Luis...

-¿Qué dices de Luis, ah?

-Nada, que estás muy hermoso; dame los veinte volantes... vamos, Aquiles...

-Ay, ni gracias das, hombre...

-Gracias, Luisita... Te los voy a devolver, ¿sabes?

-Ay, sí, cómo no...

-Gracias, Luis; te agradezco mucho esto.

-De nada, Aquiles; y saludame a Rosa, ¿oíste, Huguito?

-Adiós, adiós... Adiós, Huguito!

-¡Cóño de tu madre!

-¡Ay!...

-Después de que nos ayuda así, lo insultas... - dice Aquiles.

-¡Si a estos les gusta eso, coño!

-¿Les gusta?

-Claro... Ahora, ¿qué hacemos? - pregunta Hugo.

-¿Te parece que vayamos a Coche?

-Y en Coche, ¿qué hacemos se puede saber?

-Buscar a Villanueva; que lo han hecho policía, ¿será verdad?

-Bueno, buscar a Villanueva, ¿y qué? - insiste Hugo.

-Y lo encontramos... ¿Será verdad que lo han hecho policía?

-Y lo encontramos, ¿y qué?

-Debe estar armado, ¿no? - reflexiona Aquiles en alta voz.

-Yo no creo que lo hayan hecho policía...

-No me extrañaría; él tiene relaciones, y ha estado con gente; yo le he oído decir cosas; y así, será verdad que tiene un carnet de policía; te lo dijo tu madre, ¿no?

-Sí -dice Hugo- pero ella no sabe de eso...

-Pero puede ser verdad; y si está armado, no podemos ir a darle la mano ¿no?, lo sí!... ¡No joda! - revienta Aquiles.

-No sé lo que quieres hacer tú....

-¡Yo quiero matarlo!

-Creo que es un error; te vas a manchar tú...

-Tienes razón; yo sé que tienes razón; pero ese hombre me tiene loco; enredó

a Rosa, y ¡ahora tiene a Robertico!... ¡Coño de su madre!...

-Bueno, aquí podemos coger un taxi; ¿a dónde vamos?

-No sé; la verdad es que no sé; ¿qué hora será?

-Serán como las tres de la mañana...

-¿Sabes lo que haría?

-Dime...

-Iría a ver al director de la Casa de Observación...

-¿Y qué?

-¿El no fue a tu casa, pues?

-Sí...

-¿Y no está en contacto con la policía para buscar a Villanueva?

-Sí...

-¿No es Villanueva un fugado de la Casa?

-Sí, sí...

-Ahora que tenemos la dirección, lo pueden agarrar allá.

-Puede; no tenemos la dirección exacta...- duda Aquiles.

-Más o menos.

-Sí, con eso lo consiguen; ¡vámonos!

-¿A dónde?- pregunta a su vez Hugo.

-¿No dices que a la casa del director de la Casa de Los Chorros?

-Sí; pero dónde...

-¿No sabes dónde vive?

-No.

-Entonces no hemos hecho nada... ¡NO sí!... -dice Aquiles- ¡Josefina tiene el número de teléfono de su casa!

-¿De veras?

35-53
888

-Sí; me lo dijo ella antes de salir...

-Vámonos... ¡No pasa un carro!

-Esta es mala hora...

-Claro, ¿quién va a andar buscando pasajeros a las tres de la mañana...

-Acaso conseguimos al viejo que cargaba la cabilla en el asiento...

-Ojalá...

-Pero no viene; mientras tanto podemos caminar.

-En dirección a la casa...

-Claro; ¿para dónde vas a coger?

-Allá viene un carro...

-No es de alquiler...

-Sí es...

-No es...

-Sí es... ¡Eh!... Viene...

-¡Si es el mismo viejo!...

-¡¿Le cobraron al marico?!

-¿Qué?

-Sí, porque yo de balde no llevo a nadie, ¡ni a mi mujer, pues!

-Si es verdad, le quitamos veinte bolívares!

-¡Carajo, debe ser un marico bien loco si te paga a tí veinte bolívares!

-Es que le caigo bien...

-Sí, le tienes que caer muy bien... ¿Para dónde vamos?

-Hacia la Candelaria.

-La plata...

-¿Cuánto es?

-Diez bolívars...

-¿Diez bolívars?

-¡Yo no los busqué^a ustedes, ustedes me buscaron a mí, ¿no?!

-Aquí hay veinte bolívars; dame los diez que te di antes...

-¿Cómo sabes que son los únicos que me gané hoy?

-¡No, si esta noche vas a vivir de marico!

-A mí los maricos no me importan, ¿sabes?... ¡Siempre que paguen!

-¡Yo pago, pero no soy marico!

-Aquí nadie dijo nada de usted, caballero; aquí estamos hablando de maricos, ¿no?... ¿A usted le duele algo?

-No.

-Entonces, no se preocupe. Y déjele hablar al amigo, que no termina de hablar...

-Yo no sé hablar...

-Ah, bueno...

Se callaron; cosa rara, pero se callaron los tres, hasta que, al rato largo, volvió a hablar el chofer: ¿Van a la Candelaria?, ¿a qué parte?.

-Nos deja allá, en cualquier parte; cerca de la Plaza.

-¿No sirve en la misma plaza?

-¡Sí sirvel...!

-Es que hablando se entienden la gente...

-Claro.

-Oye, Aquiles; y Josefina nos da el teléfono, y ¿qué hacemos después?...

-Lo llamamos...

-¿Lo llamamos?... ¿No es mejor que vayamos a ver al hombre?

-Pero Josefina no tiene la dirección, no tiene más que el teléfono...

-Bueno, entonces se la pedimos por teléfono, y vamos; porque hay que ir allá y hablarle, ¿no te parece?

-Me parece bien... Entonces, tenemos que decir a este hombre que nos espere; y le damos los diez bolívars que nos quedan, ¿qué te parece?

-Muy bien... ¿Oyó?...

-Caballeros, ¡yo oigo de eso todo lo que digan!

-Entonces, siga por aquí..., más adelante..., pare, esperémos aquí,

-¡Ah, así no!...

-¿Por qué?

-A mí me pagan antes.

-¿Por qué?

-Por que sí; ¡me pueden dejar plantado aquí, como un pendejo!...

-¡Y usted nos puede dejar plantados a los dos, como a dos güebones!

-Sí, es verdad...

-¿Entonces?

-Confianza por confianza; me dan un fuerte y les espero; al hacer la carrera me dan el otro...

-¡Pero te puedes ir con el fuerte!

-¿No te digo?... Confianza por confianza... Yo hago el tonto por un fuerte, o ustedes pierden el fuerte por nada...

-Aquí están los diez bolos; dame el fuerte...

-No tengo un fuerte.

-¿No?

-¿No te dije que lo único que me gané hoy eran estos veinte bolívars?

-Bueno; aquí están los diez bolívares; nos esperas aquí...

-Como un clavo.

-Bueno; ¡Aquiles!...

-El se fue ya; se metió en aquella puerta.... - dice el chofer de alquiler.

-Espéranos.

-Claro.

-Aquiles...

-¿Qué?

-¿Tocaste la puerta?

-Sí...

-¡Si yo tengo la llave!...

-Pero de todas maneras tenemos que despertar a Josefina, ¿no?

-Eso sí...

-¿Quién es?

-Soy yo, Josefina, Aquiles... Abre.

-¿Qué hicieron?

-Nada. ¿No has dormido?- le pregunta Aquiles.

-No, ¿cómo voy a dormir?... ¿Supieron de Robertico?

-Ya sabemos algo; ya sabemos dónde contrarlo. ¿Tú tienes el teléfono del Director?

-Sí; él me lo dio,

-Dámelo- dice Aquiles.

-¿Qué vas a hacer?

-Voy a llamarle; y voy a ir a verlo, y le voy a decir dónde está Villanueva, y mejor es que de eso se ocupe la policía, ¿no crees?

-Sí; prefiero que no vayas tú...

-¡Y yo sí, ¿no?!

-Tú tampoco, Hugo; ¿por qué voy a querer que te pase algo a tí?

-Bueno, dame el número.... ¿Este es?

-Sí; me lo escribió él mismo.

-Vámonos, Hugo.

-Tú acuéstate, Josefina; toda va a salir bien; anda, vete...

-Ya voy. Tengan cuidado. No se metan en nada...

-No; ¿estará esperando el carro de alquiler?

-No sé; vamos a ver... ¡Sí está!

-¿Por qué no voy a estar?

-Está bien; es un hombre de palabra.

-Yo seré pobre, pero tengo palabra, y lo que haga falta, ¿oyó?

-Claro, hombre... Mire, amigo, antes de ir a la dirección a la que tenemos que ir, queremos llamar por teléfono. ¿De dónde podemos llamar aquí?.

-Aquí, a la vuelta, hay una de esos teléfono públicos que parecen jaulas.

-¿Funciona?

-Eso sí no sé; ¡y que le arrancan los cables, y le roban los aparatos!

-Eso dice la prensa.

-Sí...

-Bajen, y prueben a ver...

-Baja tú, Aquiles; ¿tienes un medio?

-¿Qué medio voy a tener; lo que tengo es una moneda de dos bolívares.

-¡No tienen un medio entre los dos!

-No tengo yo tampoco; no tenemos; ¿nos puede prestar un medio?

-¡Un medio no se presta, muchacho; un medio se da!... Aquí tiene el medio.

-Toma, Aquiles.

-Gracias...

-Ese amigo tuyo es más callado que tú...

-Sí...

-Y más fino...

-Más fino también...

-Ah...

-¿Qué querías, que te dijese que no?

-No, yo no digo nada; el que está diciendo eso es usted.

-¡Bueno, viejo, a veces me hablas de tú y otras de usted!... ¡Hábleme de un tiro; lo que sea, pero de una sola cara, ¡carajo!!

-¿Qué pasa con el carajo?- dice Aquiles llegando.

-No pasa nada; hablaste con él?

-Sí.

-¿Qué te dijo?

-Se sorprendió de oírme... -dice Aquiles.

-Claro; él sabía que te habías ido, ¿no?

-¡No, por eso!... ¡Es que no lo sabía todavía!

-¿Qué le dijistes?

-Que vamos para allá.

-¿A dónde?

-Al Rosal, quinta "Kostia", en la calle Arismendi; nos espera allá.

-¡Adelante, caballo! - dice Hugo al chofer.

-¡Más caballo será usted!

-Gracias.

-De nada.

-¿Le dijistes que Villanueva era policia?

-No, no tuve tiempo de nada más que decirle que queria hablarle, ¿no comprendes?

-Sí.

-Seria bueno que fuesen a buscarlo antes del amanacer; así, lo agarran en la cama.

-Y Robertico, ¿qué hará?

-Robertico estará bien; ¿qué le van a hacer al chico? ¿No crees?...

-Yo creo...

-Por eso; verás que todo va a salir bien...

-¡Miren ese borracho!... ¡¡Qué rasca tiene!

-¿Y si le pide a usted una carrera?

-La agarro.

-¿Aunque esté rascado?

-Rascado y todo; la única condición es que tenga real.

-Si no tiene real, nada.

-No. ¿Acaso soy yo el buen samaritano, o me paga acaso el seguro social?

-Claro.

-A veces agarro así a gente gorda; yo ando solo, así, a esta hora; esto tiene sus inconvenientes, y también tiene sus ventajas. A esta hora es verdad que caen pocos clientes, pero a veces caen algunos peces gordos...

-¿Peces gordos?

-¡Sí!

-¡Como quién!

-A mí no me gusta hablar mal de nadie; y de mis clientes menos.

-No, es una curiosidad...

-Yo digo la cosa, el pecado; pero no digo quién lo hizo, ¿entendido?

-Claro...

-Pues un día me encuentro con un hombre que no podía dar un paso; aquí mismo, en Sabana Grande; entonces me paro, y le pregunto si quiere algo. El hombre apenas podía hablar. Y me dijo que lo subiese al carro, y que él me pagaba bien. Yo, veía que el hombre estaba bien vestido, y que no era cualquier cosa; pero sin pagar no cargo a nadie, ni que sea el mismo Gobernador; entonces, le digo que me enseñe la plata, que me enseñe si tiene con qué pagar; y el hombre mete su mano en el bolsillo del pantalón y ¡saca un fajo así!... Nada, que el hombre cargaba más de tres mil bolívars, en billetes de a cien, ¡nuevecitos!...

-¡Coño!

-Sin coño, amigo; le agarro con todo cuidado y lo subo al carro; lo meto atrás; él quería adelante; estaba rascado, pero quería adelante, y que para hablar conmigo; lo que yo me dije: este hombre se me vomita encima y me deja hecho una mierda; nada, lo metí atrás; él protestando, y yo que lo empujo para dentro; y le pregunté dónde iba a llevarlo; me dijo que a...

-¿A dónde?

-A.... la quinta tal; no, yo no digo quién es el pecador, ¡nunca!... Y lo llevo allá, y le digo que me pague, y me da un billete de cien...

-¿Nada más?

-¿Más?

-¡Bueno, después de hacerle ese favor!

-No, estaba bien pagado; y yo nunca cobro de más, ¿me oyó? ¡Jamás!...

Pues sí, era uno de los gordos...

Y dejó la palabra en el aire; Hugo estaba loco por saber más, y miraba a Aquiles, pero Aquiles estaba en lo suyo, callado; y así siguieron los tres un buen rato, hasta que volvió a hablar Hugo:

-¿Estamos llegando?

-Sí... ¿Qué calle dijo?

-Arismendi...

-Es la otra, la paralela; y ¿qué quinta?

-"Kostia", ¿no?

-Sí.

-Por aquí es la calle; aquí no hay luces, no se ven los nombres de las quintas...

-Allá hay una luz prendida; debe ser la del director...

-¿Director de qué?

-Yo tampoco digo nada, caballero...

-¡Más caballero será usted!... Aquí están. ¿Es esto?

-Sí, "Kostia"... Gracias.

-De nada.

-Si lo necesitamos, acaso estará por aquí...

-¡No juegue!... Ya me voy para la casa; ¡ya está bien por una noche!

-¡No se coja a su mujer tan temprano!

-No, me cogeré a tu hermana; maricón!

-Vete al coño...

-¿Por qué tienes que hablar siempre tan mal, Hugo?

-¡Cómo, es que yo gozo con esa vaina!

-Bueno, aquí no hables mal; este hombre es muy serio, ¿sabes?

-Claro.

-Déjame hablar a mí; ¿estamos?

-Bueno, toca el timbre...

-Espera, chico... ¿Ya estás hablando otra vez?

-Bueno, me callo... Toca más fuerte...

-Hola, Aquiles; pasen...

-Este es mi amigo Hugo, doctor es donde estaba Robertico...

-Ah, mucho gusto... ayer conocí a su mamá... Siéntense... Pero, Aquiles, ¿cómo te fuistes de la Casa?

-Es que ya no podía estar allá, doctor... Yo sabía que pasaba algo; no sabía qué, pero sabía que pasaba algo...

-¿Te diste cuenta?

-Sí.

-¿Cuando te habló la doctora Moreno ayer?

-Sí, y antes de eso, cuando el domingo vino Josefina, sin el muchachito, y se fue llorando, sin despedirse de mí...

-Bueno; ¿qué supiste de Villanueva?

-Sé dónde está; lo averigüé con un amigo...

-¿Un amigo de él?

-Sí, y mío también; es del barrio mío...

-¿Dónde está Villanueva?

-En Coche en un apartamento, en un bloque.

-¿En cuál?

-En el segundo bloque

-¿Apartamento?

-Exactamente no sé.

-¿No sabes en qué apartamento?

-No...

-Eso va a ser difícil, entonces.

-Pero sé más. Villanueva es policía...

-¿Policía?...; ¿Qué policía?!

-Dice que es un detective de la Prefectura.

-¡No puede ser!

-Eso me ha dicho el amigo; y podría ser; así es como se presentó él a la casa de la señora Campos con un carnet de policía, ¿no?...

-Podría ser; no le alcanza la edad, pero ese puede conseguirlo todo, ¡ese es muy capaz de eso!... El tiene la obsesión de proceder de la forma menos previsible posible; ése es él... Entonces, lo mejor es que vayamos a la Prefectura y hablemos con su jefe...

-¿Cuándo?

-Ahora mismo; no hay tiempo que perder; no he hablado con nadie tan claro, pero te advierto que ese hombre es muy peligroso, y que debemos ir con mucho cuidado...

-¿Vamos con usted?

-¿Por qué no?

-Me esperan un ratico; voy a vestirme.

-Sí, doctor.

-Sí, doctor"... ¡Eres un jala bolas!- dice Hugo,

-¿Por qué?... ¿Porque le llamo doctor?

-No, ¡por el aceite!

-Cóño, por qué no te callas!

-¿Por qué me voy a callar, si así me va bien?... Esa señora del retrato, ¿será su mamá?

-No sé. Puede ser... -responde Aquiles.

-Se parece a él; y el militar aquél será su papá.

-¿Su papá?...

-Debe ser, ¿no? -insiste Hugo.

-¡Si es Bolívar!

-¿Bolívar era así?

-Claro...

-No me digas que es tan claro, porque yo he visto a Bolívar con otra cara.

-¿Con otra cara?

-Con otra... - le interrumpe la llegada del doctor, quien les dice:

-Bueno, vámonos, Aquiles... Vamos aliendo, no tenemos tiempo que perder...

¿Cómo me dijistes que se llama tu amigo?

-Hugo.

-Está bien... Móntate atrás, Hugo... Tú vienes delante, conmigo... ¿A qué hora te fuistes de la Casa?

-Serían las once...

-Y ¿cómo te viniste hasta la casa de Hugo?

-Caminando; tenía la camisa manchada de sangre, de un corte en el dedo, poco, y

lo que quería era llegar hasta la casa de Hugo y ver al pequeño...

-A Roberto...

-Sí. Josefina me dijo que ustedes habían llamado a la policía...

-Sí...

-No han ido.

-Y yo les dije que esto era urgente..

-Pues no han ido. ¡Es que la policía es así!

-¿Cómo es la policía?

-Así, con gente como Villanueva, que no hace lo que debe, sino lo que le parece.

-¿Te parece eso?

-Sí, y a veces les parece que deben agarrarme a mí, y me agarran, ¿comprende?... y tienen hombres como Villanueva, que deben agarrar, y no agarran, ¿ah?...

-Sí, así es... ¡Y además le dejan meterse dentro!...

-¡Eso es, lo dejan hacerse policía!

-¿Será verdad?

-Bueno, la mamá de Hugo dice que el hombre que se llevó a Albertico le enseñó un carnet de policía...

-¡Qué sabe mi mamá de eso! -interviene Hugo.

-Bueno, no es sólo tu mamá; es que Luis nos lo dijo nada más llegar, sin decirle nosotros nada... ¿eso es importante, no, doctor?

-No, si me parece de lo más normal con Villanueva... Ese hombre es peligroso, y se lo he advertido a la policía...

-¡¿Peligroso?!

-Muy peligroso; ese hombre carece de toda referencia moral.

-¡Ese hombre ha hecho de todo!... Lo mismo va con una mujer que con un hombre, y lo mismo roba que mata... ¿Usted supo lo que hizo al viejo americano del Tamanaco? -dice Hugo.

-¿Tú crees, que fue él?

-Yo lo que se es que iba a ver al viejo...

-¡Doctor, y qué habrá hecho a Robertico!

-Nada, probablemente nada... ¿El está con tu hermana, no?

-Creo que sí.

-¿No están seguros de eso?

-Sí, estamos seguros de que Villanueva vive con Rosa en uno de esos bloques de Coche; Luis sabe de eso; pero no sabemos si después de lo de Robertico todavía están juntos...

-Deben estar...

-Como usted ha dicho que ése es capaz de cualquier cosa...

-Bueno, hijo, todo tiene sus límites; yo no creo que Villanueva haya sido capaz de hacer nada al niño sin un motivo especial.

-¿Un motivo especial?

-Claro. Este tipo de sujetos actúan siempre con alguna motivación; los giros son imprevisibles, y ellos se afanan en virar de maneras muy imprevistas; pero tiene que haber, en el fondo, algún estímulo, alguna motivación...

-Y no cree usted que el muchachito...

-¡No!... Olvídate de eso. Ese sujeto está /ahora con tu hermana, y tu hermana le ha pedido que se consiga a su hermanito... Porque tu hermana quiere al chico, ¿verdad?

-Sí, lo quiere mucho.

-¿Lo ves?... Bueno, ya estamos llegando; ¿dónde voy a estacionar ahora?.

-En frente de la Prefectura hay un sitio, doctor.

-Pero eso es para los carros oficiales; ¡no, aquí hay un hueco!...

-Tenemos suerte...

-Bueno, doctor, a esta hora no es difícil...

-Sí, son las cuatro y media de la madrugada, ¿no?

-¡Ya es tanto!- se sorprende Aquiles.

-Sí, señor... Me llamastes casi a las cuatro...

-Siento haberlo despertado a esta hora...

-No, hombre. ¡Ojalá pudiésemos localizar a Villanueva y detenerlo mientras está durmiendo!... Buenas noches, ¿está el jefe, el que está a cargo de la Prefectura?

-No, él salió un rato; pero hay alguien de servicio dentro; ¿es para un robo?

-No...

-Pasen, pasen...

-¡Villanueva!

-¡Aquí está Villanueva, sí, doctor!... -le responde Villanueva desde su asiento en el despacho, con altanería -¿Y qué le trajo para acá?... ¡Y con Aquiles! ... ¡Qué, ¿te dejaron salir?!... Siéntense, siéntense... Ahí en esas sillas. ¿Qué suerte, que me vienen a visitar y me encuentran solo, ¿no?...

-¿Qué pasa? -pregunta el policía que está de puerta.

-Nada, Enrique... Que yo conozco a esta gente; yo los atiendo; no te preocupes...

-Ajá...

-¿Y ese otro, Hugo?...

-Sí, que es mi amigo; Robertico estaba en su casa; ¿dónde está?...- pregunta Aquiles con una violencia contenida.

-¿Robertico?... En casa, con Rosa. Ese hermano, ¿es tuyo sólo o qué?!

-No, sólo mío, no, ¡pero también es mi hermano!

-¿Y por qué lo esconden, ah?!

-Robertico no estaba escondido...

-Y ¿por qué no le avisan a Rosa dónde está el chico?!

-Bueno...- intenta hablar el Director, pero brinca la voz de Villanueva:

-¡Contesta, guebón!... ¡Porque Rosa estaba conmigo, ¿no?!... ¡Se lo habían separado de ella porque ella estaba conmigo, ¿no?!...

-Bueno, Villanueva...- insiste el Director.

-¡Usted se me calla, director del coño!... ¿A usted qué carajo le importa que yo viva a mi manera, ah?!... ¡Yo ya estoy grande para que usted me tenga amarrado a su pata con su cabullita, ¿entendido?!

¡No sea... bueno mozo!... Y no se me mueve nadie porque lo mato de un tiro... Ya ustedes me han jodido, ya lo sé; aquí viene ahora el jefe, que está arriba y me joden; ¡no, si yo las cosas las sé desde el principio!... Pero, ¡carajo!... ¡antes despacho a ustedes tres, aquí mismo!...

-Mira, Villanueva... -dice Hugo por mediar.

-Tú te me callas, guebón!... ¡Si yo te conozco a tí también!... ¿y tú me conoces, no?... ¡Yo sé que tú me conoces!... ¡Tú no tienes derecho a palabra aquí, ¿entendido?... Aquí el que manda ahora soy yo... Y usted, doctorcito, se me mete a ese cuartico, ¡véngase, véngase!...

-No me empujes...

-¡Ah, no, ah?!... ¡Andale, coño!... ¡Métete ahí!... ¡Aquiles, no te me escapes, carajo!!...

-¡No dispare!

-¡Ah, no, ah!... ¡A mí no se me escapa un conejo a doscientos metros, coño!...

-¡Lo mataste!

-Usted no se preocupe de esto, doctorcito del coño... ¡Métase ahí!... y tú también, Hugo...

-Déjame ayudar a Aquiles... -trata de intervenir Hugo.

-¡Aquiles se ayuda solo, coño de tu madre!... ¡métanse los dos aquí, y se quedan quietos, que si no, los mato también!... ¿Enrique?... ¿Dónde le di?...

-Está muerto...

-¡Que se joda!... ¡Tú viste que trató de fugarse, ¿no?!...

-Sí... ¿Se habrá despertado el jefe?... ¿lo llamo?...

-¡Coño... si no se despierta con un tiro!... ¡Pero llámalo, llámalo!... ¡Yo me quedo aquí, ¡vete!... ¡Coño, está muerto de bola!... ¿Me quisieron joder?, que se joda él... ¡Yo me voy para el coño!... ¿Dónde estará la llave de la camioneta?... ¡Ah, aquí está!... aquí está!...

Y coge la llave, sale precipitadamente, monta en la camioneta y arranca bruscamente, y baja, buscando la avenida Bolívar, y se va diciendo: "¡corre, corre, Jesús loco, que te van a joder!"; y está pensando qué puede hacer ahora, que nunca esperó que llegasen las cosas aquí, y piensa que lo mejor es recoger a Rosa e irse; y lo piensa, silenciosamente, pisando la chancleta como loco, y lo piensa: podría irse solo, y desde ya, y perderse, como se había perdido antes; y esa es una solución, pero le tiene que dar vueltas a eso, y le da; pero de cualquier manera tenía necesidad de llegar hasta la casa y coger un dinero, que no era mucho, que eran doscientos bolívares, pero que los iba a necesitar; ¡ya tenía por qué llegar hasta la casa, y pisa y pisa el acelerador; y

así recogía a Rosa, porque sí, porque le gustaba, porque estaba muy buena y además le había empezado a querer, lo que a ninguna mujer, ¡nunca!; y ¡el muchachito?; el muchachito podía irse para el coño de su hermana, la fina, ¡la condesa!, ¡la virgen!, ¡no joda!; él iba a buscar el dinero y a Rosa, porque, además, Rosa le podía servir muy bien para aguantarse un tiempo escondido, porque para eso, para sacarse unos reales, Rosa era un tiro; y la autopista era para el solo, iba volando, casi como en un avión...; era verdad, porque esa mujer se había portado con él como nadie se había portado nunca en lo que llevaba de vida, que no era mucho, que eran apenas dieciocho años, pero que eran todo el mundo que tenía...; ya va, ya está llegando; iba a ciento cincuenta, podía ir a más, porque no había ni un solo carro en la vía; y tenía que correr, como loco, porque no tardaría en venir a buscarlo; o no, o no podían encontrarlo, porque esos coños no sabían dónde vivía él, y en la policía le habían anotado otra dirección, porque el único que conocía dónde vivía él con Rosa, ¡y ahora con el muchachito ese del coño!, era su amigo del Banco Obrero y el que lo metió en esto, de policía; nadie más; esa era la ventaja; y podía llegar, y ya estaba llegando, y recogería a Rosa en un segundo...; porque tiene que apurarse, por cualquier cosa que pueda pasar; ¡ahora que estaba tranquilo y que no estaba haciendo daño a nadie, ¡a nadie!, y ya le estaban jodiendo, como siempre; por eso que decía él a Rosa, que no lo dejan vivir a uno, y que es por eso, que ya tiene que salir uno adelante por sí mismo... Ya ha llegado, y se dice que va a dejar el carro abierto, porque eso será ir y venir, un minuto; y ya sube por la escalera, porque este ascensor, con ser nuevo y todo, ya no funciona, porque la gente es muy descuidada, y la gente pobre es todavía más des-

cuidada, ¡y ahora tiene que subirse diez pisos por la escalera!, se va a reventar...; ¡coñito el doctorcito, ¿no?!, ¡que lo llegó a buscar hasta la prefectura!...; ¡suerte que no saben dónde vive!; ¿y el carajito?; todo esto ha sido por el carajito de su hermano, ¿de Rosa!; y, bueno, pensándolo otra vez, y ¿por qué se metería él con esa putica?; para esto, para enredarse por un hermanito; ¡no joda!; ¿y si ahora Rosa se le pone difícil?. ¡Le gusta porque es igual que él, carajo!...; ella tiene de bueno eso, que lo comprende...; ¡ese doctor sí no lo comprendió nunca!... Ese también es de los que hace la ley; esos coños hacen una ley a su medida, a la medida en que les sirve a ellos, y a todo aquel que está fuera de esa raya lo persiguen... ¡lo persiguen!;... ¡No sean... buenos mozos!... Y, claro, ese mundo es de ellos...; los demás, los que no han tenido cargadora, ni colegio, ni nada de eso, esos "¡nosotros, carajo!", no pueden cogerse una mujer, no pueden echar una vainita, ¡no pueden comer siquiera, carajo!... "Nosotros, los pobres, ¡no podemos comer!...; ¡qué bolas tienen, ah!; ellos echan vainas, y se cubren; ellos son... que si el hijo del doctor, que si el hermano del doctor, que si el cuñado del doctor... ¿no?; y uno, que no tiene ningún doctor en la casa, que no tienen ni casa, ni madre, ni nada, ¡nada!, que lo único que tienen son unos coños que lo están jodiendo a uno por todos lados, porque tampoco tienen por qué hacerles otra cosa, porque son como ellos, y porque él los jode igual, a como pueda, ¡que ese soy yo, carajo!, a ese le sacuden por todos lados, y los empujan, y lo joden, ¡me joden!; ¡me joden?, yo jodo!" Y ya está en la puerta, por fin; está que le falta el aire; y ya está dentro; y no dice nada, sino que, con una calma que ni él mismo entiende, sigue pensando; "¿qué le digo?; lo de Aquiles no se lo digo, carajo"...

- ¿Eres tú, Jesús?
- Sí, mujer, ¿quién va a ser...; ¡vistete, rápido, vistete!
- ¡Vestirme!... ¡¿Para qué?!
- Nos tenemos que ir... ¡Se va a hacer tarde, rápido!...
- ¿Por qué nos tenemos que ir?...
- ¡La policía, mujer!.....
- ¡Yo sabía, yo sabía, que esto no podía durar!... ¡¿Quién te descubrió?!
- El doctor, el director de la casa...
- ¿De la casa de Observación?...
- ¡Sí, mujer!... ¡Vístete!... ¡Rápido!
- ¡¿Y Robertico?!...
- ¡Dónde está!
- Durmiendo...
- ¿Dónde?
- En mi cama...
- ¡Déjalo!
- ¡Cómo voy a dejar a mi hermanito en la casa solo!...
- ¡No le va a pasar nada, ¿no?!
- Sí, le puede pasar... ¡Robertico!...
- ¡El coñito ese se fue!...
- ¡No le hagas nada, Villanueva!... ¡No le hagas nada!... ¡No, no le dispares, no me lo mates!... ¡¡Villanueva!!... ¡¿Qué hiciste?!...
- ¡Tú, ¿Te vienes o no?
- ¡No!
- ¿No?!...
- ¡No!... ¡Has matado a mi hermano!... ¡Criminal!...
- No, mujer... Fue para asustarlo...

- ¡Vete, vete de aquí!...

- ¿¡Ah, sí?!...

- Sí, vete; no me voy contigo; ¡eres un asesino!...

- Te vienes conmigo, y sin gritar... ¡o te mato!

- ¡No dispaes, Villanueva, no dispaes!... Me voy contigo, pero no me dispaes... ¡por favor!...

- ¡¿Qué pasa ahí!?!...

- Es Sebastián, el vecino...

- Nada, no pasa nada.. Es que se me escapó un tiro...

- ¡Abra la puerta, policfa!... ¡Es la policfa, abra la puerta!...

- No, Villanueva, por favor... no me dispaes...

- A mí me van a agarrar preso, y ¿tú te vas a quedar puteando por ahí?...

¿Tú crees que yo soy pendejo?...

- No, Villanueva: yo te ayudo, verás, yo te ayudo... No dispaes, por Dios santo, no dispaes...

- ¡Abran a la policfa!...

- ¡No me dispaes!... ¡Ay!...

- ¡Y a ustedes también les disparo, coños!... ¡Tumben la puerta... tumbenla!...

- ¡Y me van a matar, pero yo mato a dos, a tres, a los que se me paren delante!...

"!Robertico, ¿dónde estuvistes!"...; está llegando el muchacho, con el director; Josefina lo abraza, y le pregunta que dónde estaba; Robertico está pálido, y Josefina lo siente frío, y dice a su hermana que él estaba con Rosa; a ver si también estaba con Villanueva; ¡claro!, porque él estaba con los dos....; ¿dónde los consiguieron?...; el director le dice que en Coche; ¿en Coche?...; sí; y Josefina se ocupa de su hermanito, y le dice si tiene sueño; Robertico le dice que no; que ¿quién lo despertó?; que lo despertó Villanueva; ¿Villanueva?...; sí, porque llegó gritando a la casa, y se despertó Rosa y él también, porque él estaba durmiendo con su hermana, y que Rosa se levantó entonces y que Villanueva y ella estuvieron hablando en la cocina, y que Villanueva decía a Rosa que tenían que salir inmediatamente...; Josefina le pregunta qué hizo Rosa entonces; Rosa fue a la habitación y recogió sus ropas y se las llevó a la cocina y comenzó a vestirse allá; ¿y Rosa le dijo algo a él, a Robertico?; no, porque ella creería que todavía estaba dormido, pero él estaba

escuchando todo...; ¿y qué más?, pregunta Josefina, que está sin peinarse, porque no le ha dado tiempo, pero está vestida, y el doctor está sentado en el único asiento cómodo que hay en la casa, el sillón rojo, y la señora Campos está sentada en una silla, sin siquiera vestirse, con el camisón; Robertico está entre las piernas de Josefina y sigue contando que él oyó cuando Villanueva dijo que le iba a pegar un tiro...; ¡un tiro a Robertico!...; sí, y que ya estaba cansado de él, y entonces él se levantó rápidamente y se puso el pantalón y se salió del cuarto...; "¡no te vio Villanueva!"...; no, no lo vio porque estaba discutiendo con Rosa, que se estaba atando la blusa, y abrió la puerta de un golpe, porque no estaba con llave, y salió corriendo por la escalera...; "¡pobre hijo!"...; y Robertico bajó, saltando, y Villanueva lo siguió un rato y le dijo que se parase, pero no se paró, y entonces le disparó un tiro y otro tiro...; ¿cuántos?...; Robertico no sabía cuántos, pero le disparó varios... pero no tenía por qué asustarse Josefina, porque él corre muy rápido y no le podía dar, ¿comprende?...; claro que sí le comprende su hermana, ¿cómo no le va a comprender?, y Josefina está llorando; entonces Robertico le dice que no llore, que si quiere que le siga contando; claro, ¿qué pasó después?... y Josefina ve al doctor que está escuchando todo y le pregunta si él estaba allá y qué pasó después; el director le dice que no, que ellos estaban en la Prefectura cuando eso, cuando llegó Villanueva a la casa, y que ellos salieron de la Prefectura más tarde...; "¿y qué más, Robertico?"...; bueno, él bajó las escaleras y ya había una radio-patrulla en la calle, y le preguntaron los policías dónde estaba el hombre que le disparó, en qué piso, y él les dijo dónde era, y también les dijo que su hermana estaba allá...; ¿les había dicho eso?...; sí, y entonces subieron los policías por la es-

calera, agachados, porque Villanueva podía disparar desde arriba, ¿no?...; claro...; y entonces se oyeron más tiros y llegaron también más patrullas... ¡como seis!... y luego llegaron más y más... ¡hasta doce llegaron!... y todos le preguntaban qué pasaba, qué hacía él allá... "¡porque yo estaba muy asustado, ¿sabes?!"...; claro, cómo no iba a estar asustado, pobre hijo...; y él quería ver a Rosa...; "¡qué es de Rosa, doctor!"...; primero no sabe él qué decir, porque todavía está confundido con todo eso, pero se da cuenta que tiene que decir a Josefina la verdad...; "¡Rosa, qué fue de Rosa!"...; el director le dice que está herida...; ¡?herida!?...; sí, pero que no se preocupe, porque es poco, sólo tiene algo en el hombro...; ¿algo, qué?...; le dio una bala... de Villanueva, pero sólo en el hombro, y no es nada...; ¡?de verdad que no es nada?!... ¡?dónde está?!...; el doctor le dice que la llevaron al Periférico, y que él habló con ella, y que estaba asustada, eso sí, pero que estaba bien, que no había peligro...; Josefina no lo cree, ¡no lo puede creer!... y dice al doctor que le diga la verdad, que no le oculte nada...; él le dice que no, que está seguro de que lo de Rosa no es nada de importancia...; ¡?puede ir a verla!?...; cómo no, él mismo la va a llevar en su carro, y verá que le dice verdad...; Josefina se queda más tranquila, y pregunta a Robertico si él la vió...; Robertico le dice que no, que a él le metieron en una radio-patrulla y no lo dejaron salir hasta que llegó el doctor y lo metió en su carro...; ¿y Villanueva, qué había sido de Villanueva?...; el doctor le cuenta cómo se enfrentó Villanueva a la policía, y que no quería abrir la puerta, y que insultaba a los policías, y que, por fin, tuvieron que tumbar la puerta, y cuando la estaban empujando Villanueva disparó y mató a un agente y dejó heridos a dos...; "¡Dios mío!"...; así fue, y cuando la policía terminó de tumbar la puerta le tuvo que disparar y lo mataron cerca de donde estaba Rosa herida...;

"!pero Rosa está fuera de peligro, doctor!"...; el director insiste en que sí, y que ella misma lo podrá comprobar, porque le va a llevar al Periférico de Coche en cuanto esté lista ella...; ah, sí, pues ella termina de peinarse en un segundo y está con él, y dice a la señora Campos que, por favor, se ocupe del niño, que debería desayunarse algo, ¿no?...; la señora Campos dice que cómo no va a dar a aquel hombrecito el desayuno que necesita, que no faltaba más....; y Josefina se está peinando, y el director está esperándola, muy preocupado, porque Josefina no sabe todavía nada de Aquiles, que está muerto, y ella no le ha preguntado nada, porque seguramente está demasiado preocupada por Rosa, que es la que estaba corriendo más peligro...; "!y Aquiles, doctor, ¿se quedó con Hugo?!"...; el director no sabe qué contestar, porque sí es verdad que está con Hugo, pero no como se figura ella, sino muerto, y Hugo está con él porque alguien tenía que quedarse, porque lo han llevado a la morgue del Hospital Vargas...; ¿me oyó, doctor?...; cómo no le va a oír el doctor, si no tiene más oídos que para ella, para lo que le puede preguntar Josefina sobre su hermano...; ¿está con Hugo?...; "tengo que decirle algo, Josefina"...; ¡ya está!... por el tono, por la cara que ha visto al director, Josefina sabe que ha pasado lo peor, que...; "se lo tengo que decir, Josefina!"...; ¡murió!... !!murió!!..., !!dígamelo, doctor, es eso... eso!!!...; y el director no le dice nada, pero esa es la manera de decirse todo, ¿cómo le puede decir más?...; ¡?murió, doctor, murió?!...; y la señora Campos entra a la salita y mira a Josefina, y luego al doctor, y no dice nada, pero está blanca, y esa mujer no puede durar mucho tiempo de pie... pero aguanta, y pregunta si ha pasado... algo más... y se da cuenta que sí, porque hay algo colgado en el aire que termina de descolgarse, y eso tiene que ser que alguien ha

muerto... y ella piensa en Hugo, ¿en quién va a pensar?... y pregunta al doctor, suavemente, sin gritar, si ha pasado algo a Hugo, a su hijo..., y el doctor se levanta y la sostiene y le dice que no, que no se preocupe, porque Hugo está bien...; ¿!y Aquiles!?...; de Aquiles no le puede decir nada el director, nada más mirarle a los ojos y estarse quieto, más no puede; y Josefina, en lugar de empezar a gritar se sienta al lado de la señora Campos y le abraza a ella y empieza a llorar...; llega Robertico, y no dice nada, sino que se echa sobre su hermana y llora también, y a la señora Campos, que ahora sabe que no es con su hijo, le ha vuelto un poco el color y se ocupa de Josefina y de Robertico, y los acaricia, y mira al director, que no sabe qué más decir ni qué hacer, y así pasan varios minutos, y entonces Josefina se yergue y se seca las lágrimas y pregunta al director que dónde está...: ¿Rosa?...; ¡Rosa no!... !!Aquiles!!... !! Aquiles dónde está!!...; en el Hospital Vargas...; ¿la puede llevar allá, por favor?...; claro que sí, y se levanta y ayuda a Josefina a desprenderse del abrazo de Robertico, que tiene que quedarse en la casa, y salen los dos, el director y Josefina, abrazados, hasta el carro que está en la puerta.

41

Llega José Armas, ansioso, un poco pálido, y el director le dice que tome asiento, que se siente, ¿está bien?; José le dice que sí, que se siente muy bien...; el director le pregunta qué desea, a ver si quiere hablar con él; José Armas le dice que sí, por favor...; cómo no, puede hablarle con entera libertad; bueno..., y a José no le salen las cosas muy fácil, porque se agarra fuertemente de las rodillas con sus dos manos pero no le sale palabra...; entonces el director le dice que cómo andan sus estudios, que qué está estudiando...; carpintería; ah, la carpintería es muy bonita, ¿le gusta?...; José Armas le dice que sí, que le gusta mucho...; ¿por qué?...; bueno, porque le gusta el olor de la madera, y le gusta que le salga algo hecho por sus propias manos, ¿entiende eso el director?...; claro que entiende, y le parece que todo eso que siente él es prueba de que las cosas se le están enderezando por dentro, de que está sintiendo la necesidad de ser útil a los demás, de construir algo, ¿entiende eso José Armas?...; pues sí, entiende eso, porque lo siente, le parece

que lo que le está diciendo el doctor le sirve para explicarse sus propios deseos de hacer algo... ¡eso es!... ¿eso es normal, está bien?...; ¡claro que está bien!...; pues a José le gusta que le diga eso el director...; claro... muy bien... ahora... ¿quiere algo, desea que le ayude en alguna cosa?...; sí, José Armas le dice que sí, que ha venido a eso, a hablarle de... bueno, que a él le gustaría salir; ¿salir?...; claro, salir fuera y empezar a trabajar, ¿no?...; claro, eso también es de lo más natural, y es justo que se plantea eso y que venga ahora a plantárselo al director de la Casa de Observación, ¿no?...; sí...; sí, así es, pero a él le gustaría saber qué planes tiene, a dónde quiere irse, qué va a hacer... ¿comprende?...; sí que comprende, cómo no...; bueno, ¿a dónde piensa irse al salir de la Casa?...; José Armas sabe dónde va a irse, pero no sabe cómo decirlo, no sabe cómo empezar, y le suda la frente, y las manos, y le escuece todo por dentro y se vuelve a agarrar de las rodillas, y, por fin, dice al director que él se va a ir a... la casa...; ¿a qué casa?...; a José le cae aquella pregunta como una piedra encima, y mira al director con susto, porque él, el director, que es siempre tan cuidadoso y le ayuda a sortear los problemas, ¿cómo le pone a él a tener que explicarle eso?...; y el director espera, porque sabe que después de ponerle al joven una subida así hay que esperar a que tome aliento, pero hay que enfrentar al joven a la pendiente, porque él quiere saber si el joven está dispuesto a subir primero, y, segundo, si esa disposición es suficiente, si, además de las ganas, el joven tiene las fuerzas para comenzar a subir aquella cuesta... ¿qué le dice a eso?... ¿lo de la casa?...; claro, lo de la casa, porque ¿a qué casa va a ir él al salir de aquí?...; José Armas está como esos corredores de cross que han hecho los primeros dos ki-

lómetros y empiezan a sentir que después del primer sofoco el fuelle de sus pulmones comienza a tomar el aire que necesita, que comienza el aire a controlarse, a respirar bien, y entonces José Armas se yergue un poco en su asiento y le dice que... él quiere salir de la Casa porque quiere... casarse; ¿casarse?...; sí...; ¿y con quién?...; bueno, con... Josefina; ¿con Josefina?...; ya está faltándole otra vez el aire, y es porque está en un repecho, que puede ser corto, que puede ser largo, según, según lo quiera el director, y le apura o no en la subida..; "¿qué años tiene usted?...; José Armas le dice que él tiene diecisiete años...; "¿diecisiete años y se quiere casar?...; José dice que sí...; "y su novia es Josefina"... el director quiere ganarse un segundo, para dejarle a José tiempo de respirar...; sí, doctor...; el doctor le dice que Josefina es una muchacha buenísima, que está seguro de que será una excelente compañera para él, y que ahora, precisamente, que está necesitada de afecto, le parece muy bien que él, José Armas, haya tenido la generosidad de pensar en otros, de pensar en esta muchacha que atraviesa un momento muy difícil, y que está bien que José piense que Josefina necesita alguien que está cerca de ella, ¿no?...; claro...; todo eso le parece bien... pero ¿no cree José Armas que él es todavía demasiado joven para asumir una responsabilidad así, para hacerse cargo de un hogar?...: "no, doctor"...; no, si él, el director, sabe que José Armas lo está pensando así de buena fe, que es sincero al decirlo, ¿pero sabe bien a qué se compromete, sabe bien José Armas la responsabilidad, la carga, que está aceptando en estos momentos de sus diecisiete años para toda la vida?..., y el director se ha detenido casi palabra por palabra para hacer reflexionar a José Armas, y después de eso, espera, espera un rato, sin decir nada, y mira cómo se comportan las manos y los pies y

los ojos de José Armas, que está sentado delante de él como sobre una silla eléctrica, tieso, tenso, duro...; José sabe lo que tiene que decir, pero no le sale, porque se le ha vuelto la boca de madera...; "¿por qué cree usted, Armas, que no es demasiado joven?"...; y José Armas no sabe decirlo, pero por fin le sale que... él quiere a la muchacha, y que ella también lo quiere, ¿no?...; el doctor le pregunta entonces si Josefina vino a verlo ayer...; José le dice que sí; a ver qué le dijo de Rosa, que cómo está ella; José Armas le dice que Rosa está mejor, y que esperan que pronto le den de alta...; ¿y el pequeño?...; Robertico está también bien...; ¿lo trajo con ella a la visita?...; no, no pudo; bien, no importa, y pide a José que siga, que le había interrumpido cuando le estaba hablando de Josefina y él...; pues que sí, que Josefina vino ayer, y que ya sabe él, el doctor, que él, José Armas, no tiene a más nadie... y que hablaron de ellos dos, de Josefina y de él, y que quedaron en que se van a casar tan pronto él salga de allá, y que él quisiera salir cuanto antes para ayudar a Josefina y a Robertico, ¿comprende el director ese compromiso?...; sí que lo comprende, y le parece bien, pero quiere saber qué más va a hacer José Armas al salir, además de casarse...; José Armas quiere trabajar...; ¿dónde?...; no sabe, él busca trabajo y lo encontrará de algún modo, ¿no?...; muy bien...; lo que quiere saber ahora José Armas es cuándo podrá salir de allá...; el director le dice que lo deje pensar unos días, y que le puede adelantar, eso sí, que él tiene muy buen informe de su estancia en la Casa de Observación y que espera que pueda resolver esta situación pronto, pero que le tiene que dar unos días, y que entonces lo va a llamar, ¿está conforme José Armas?...; pues sí, y se lo agradece mucho...; de nada, no le debe nada, y lo que consiga será por

sí mismo, porque uno no debe esperar más que lo que haga uno mismo, y lo que uno hace lo tiene, y lo que no hace, pues no lo tendrá nunca, ¿entendido?...; José Armas dice que sí, que ha entendido muy bien... ¿no sabe más o menos cuando va a llamarlo a él?...; no, no lo puede decir todavía... ¿tendrá la paciencia de esperar unos días?...; José Armas dice que sí, y vuelve a dar las gracias, y sale, con la tranquilidad de ánimo de haber cumplido con su deber.

42

Robertico le ha salido al camino, y le pregunta si ha conseguido trabajo; Josefina le da un beso y le sonríe y le dice que sí, que por fin lo ha conseguido, ¿está contento Robertico de eso?...; claro, pero él quiere saber si Josefina y él se van a ir de aquella casa por eso; "¿porque conseguí un trabajo?"; sí, por eso...; pues es verdad, se tendrán que ir...; ¿a dónde?...; a la casa de antes, ¿no quiere regresar a la casa de antes?; Robertico dice que no, que él está contento donde está ahora, con la señora Campos y con Hugo...; sí, ella también, pero no pueden estar siempre en esa casa, ¿no comprende Robertico eso?; ¡no, no comprende!; bueno, ya comprenderá... ¿por qué no va a jugar a la calle un ratito?; sí, pero antes tiene que prometerle que el domingo lo va a llevar a la Casa grande para visitar a José Armas, ¿okey?...; sí, está bien, y ahora Josefina ve a la señora Campos, que estaba esperando que terminase el interrogatorio del pequeño, y entonces pregunta ella a ver si es verdad lo del trabajo; Josefina le dice que sí, que, ¡por fin!, dio con un empleo; ¿dónde?; en una fábrica de bolsas de plástico...;

¿era bueno el trabajo?; sí, bastante bueno, porque es fácil, y puede salir al mediodía y temprano en la tarde para atender a Robertico, aunque la paga no es muy grande; la señora Campos quiere saber cuánto; Josefina le dice que catorce bolívars...; "no es mucho, m'hija, pero nada es más poco todavía, ¿no?"...; claro, y Josefina está contenta con eso, porque hay que comenzar por algo; claro, claro...; pero Hugo entra para decir que a él le parece que es muy poco que le paguen esa plata por ocho horas de trabajo... ¡muy poco!; su madre no está conforme, dice que para una muchacha que no ha trabajado nunca en ese oficio, eso es bastante; Josefina dice que, bueno, que ella no puede poner las condiciones, que las condiciones se las han puesto a ella los patronos, ¿no?...; ¡sí, ésos, los capitalistas!...; ¿y quién va a ser dueño de una fábrica, ¡ah!, diga la señora Campos; y su hijo tiene la respuesta, porque le dice que hay otras partes del mundo donde las fábricas no son de los capitalistas, ¿sabe eso ella?...; no, la señora Campos no sabe de eso, ¿cómo va a saber?, pero ella sí sabe que para tener una fábrica hay que tener dinero, y que unos limpios como ellos está segura que no pueden tener una fábrica para dar trabajo a la gente, ¿no?...; bueno, Hugo no quiere seguir discutiendo eso con ella, porque es muy buena y todo, pero su madre no sabe nada de eso...; Josefina quiere decir algo, y dice que ella no puede decir mucho sobre esto, porque ella no sabe tampoco mucho de eso, ni de nada, pero que ella sí sabe que para comer tiene que trabajar, y que el trabajo no da mucho en ninguna parte, y que si le dan esto en esa fábrica de bolsas, ¿a ver qué va a hacer sino ponerse a trabajar?...; bueno, bueno, Hugo quiere decir con aquellos brazos levantados al cielo que ya sabe ¡que ya sabe eso!, pero que no le entienden, ¡que no le entienden!, y

que él sabe que eso no lo puede arreglar él de un día para otro, ¡que si pudiera!...; la señora Campos sale para la cocina; Josefina le pregunta entonces que cómo está él, Hugo, en casa a estas horas, porque nunca está; "esperándote a tí"...; ¿!a ella, a Josefina!?...; sí, ¿por qué se extraña ella de eso?...; bueno, porque ella sabe que Hugo nunca está en casa a esa hora...; pues hoy sí está, porque quería hablar con ella y preguntarle cómo le iba eso del trabajo, del empleo, ¿comprende?...; sí, ya comprende; ¿o ella no quiere que él se ocupe de sus problemas?...; sí que quiere Josefina eso, ¿por qué no ha de querer?...; "pues no sé... como te sorprende tanto que yo te espere"...; bueno, le salió así, pero ella le agradece ese interés suyo...; ¿de veras?; claro que sí ¿acaso no sabe él que ella le está muy agradecida por todo lo que ha hecho por ellos?...; bueno, eso es lo de menos... ¿y es verdad que ahora ella piensa mudarse con su hermanito a la casa del Manicomio?; sí; ¿por qué?; bueno, porque es hora de que regresen a su casa, ¿no?... y, además, ellos no podían seguir molestando siempre...; ¡ellos no molestan!; bueno, puede que no molesten, y eso por la bondad de los Campos, pero...; y Hugo pregunta entonces qué va a hacer Robertico en la casa mientras ella, Josefina, está trabajando; Josefina le dice que el chico va a ir a la escuela; ¿a la escuela?; claro, ¿le parece mal?; no, mal no, pero ¿a qué escuela va a ir en El Manicomio?; bueno, ella lo pensó ya todo, y va a bajarlo con ella, cuando va a trabajar, a una escuelita que hay en la Avenida Sucre, y allí hablará con alguien que le permita al niño llegar tan temprano en la mañana, y luego lo recogerá al mediodía, y lo mismo en la tarde, ¿comprende?...; sí, pero todavía no sabe si se lo van a aceptar así; no sabe, pero sabrá

pronto, porque tiene que ir a hablar de eso mañana...; Hugo le dice resignadamente que está bien, que ella debe hacer lo que le convenga mejor, que eso es cosa de ella, pero que él y su mamá quieren que sepa Josefina que allá, en su casa, no estorbe ella, ni estorbe tampoco Robertico, ¿no?, y, eso, que él va a sentirlo mucho, y que su mamá también, que ya se habían acostumbrado a ellos dos en la casa, ¿comprende?...; sí, Josefina lo comprende, y les está muy agradecida...; Hugo dice que él sabe que Robertico no quiere irse de la casa; Josefina dice que sí, que el chico se lo acaba de decir; ¿y qué?...; no, que Robertico lo quiere a él, y a la señora Campos también, y que su voluntad de quedarse en la casa es por eso, pero que ella debe pensar en otras cosas...; "en José Armas, por ejemplo, ¿no?"...; sí...; ¿importa mucho ese hombre a Josefina?...; sí...; ¿mucho, mucho?...; sí...; ¿tanto?...; sí, así es; y él, Hugo Campos, ¿no le importa nada?...; ¿cómo que no le importa nada?...; sí, si él... no significa nada para ella...; sí, él es un amigo muy bueno, y la debe mucho...; "¡a mí no me debes nada!"; sí, 'ella sí le debe muchas cosas, y le pide, por favor, que no lo tome a mal, porque ella lo aprecia mucho, pero él no significa lo que José Armas, ¿comprende Hugo eso?...; sí, ya entiendo...; pero, a pesar de esa... diferencia, ellos son amigos... muy amigos, ¿verdad?; sí...; de veras, a ella, a Josefina, le duele mucho saber que le está haciendo daño sin querer, ¿comprende?...; sí, Hugo Campos sabe todo eso, pero eso no quita para que la siga queriendo, ¿entiende Josefina eso?; también, eso también lo entiende ella, pero ¿qué pueden hacer ellos dos, Hugo y Josefina, para ayudarse?; ¿qué?...; sí...; bueno, pueden seguir esperando... ¿no?, ¿por qué no le deja esperar algo, mien-

tras se sabe lo que va a pasar con José Armas en la Casa de Observación, porque José Armas está todavía preso, no?...; no, preso no está...; ¿no está preso?; no...; ¿salió?...; no, no salió, pero en la Casa de Observación para Varones no se está preso, porque eso es para los mayores de edad, y José Armas es un menor, ¿comprende Hugo la diferencia?; sí comprende, pero de todas maneras José Armas está encerrado, ¿no?; sí; y mientras no sepa Josefina qué va a ser de ese José Armas, pues ella no puede hacer planes, porque ¿no se va a casar ella con un hombre que está... encerrado, sin poder salir, no?...; bueno, Josefina está segura de que va a salir pronto; ¿quién le ha dicho?; no, no le ha prometido eso nadie, pero los menores no están en esa casa más de unos pocos meses...; bueno, eso cree ella, porque es muy buena, pero ella no sabe qué ha hecho José Armas y a dónde le pueden mandar después de eso...; Josefina le dice que sí, que ella sabe bien lo que ha hecho José Armas, que no hizo sino meterse una noche en un abastos, ¡y mal hecho! pero que ellos dos, José Armas y Aquiles, lo hicieron por necesidad, por malos consejos, por no tener a nadie que los ayudase...; pero no se metió Aquiles, sino José Armas, ¿no?; sí, ella sabe que el que entró a robar fue José Armas, pero que fue porque nadie le había enseñado antes otra cosa, y que eso también se pega, como está pagando en la Casa de Observación, y que luego puede ser un hombre honrado, ¿no?...; pues Hugo Campos no sabe eso, no sabe...; ¿por qué le parece que no?...; no, Hugo no sabe eso, pero tiene sus dudas, porque... el que pueba repite...; ¿no siempre!; no será siempre, pero sí ocurre eso muchas veces, ¿no?...; a veces...; ¿!a veces!?...; bueno, y ¿qué le quiere decir Hugo con eso?; no, nada, que debe pensarlo bien antes de comprometerse con

un muchacho así, y que ella sabe que él, Hugo, está siempre allí para ayudarla y para... quererla, sí, porque ahora que su mamá no está allí se lo puede decir, porque él no hace sino pensar en ella y pensar en lo feliz que la podría hacer él y también a Robertico, que lo quiere como un hermanito, ¿no?...; ¡sí, sí!... y ella lo entiende todo, y se lo agradece, pero ¿no ve Hugo que ella tiene amores con José Armas?... ¿no ve él, que es tan ⁵ingilente, eso?!...; sí, lo ve, pero no puede resignarse ¿no puede resignarse ¿no puede!... ¿qué hace?!...; sí, es difícil hacer nada cuando se está así, y Josefina lo entiende bien, pero tiene que pensarlo él, también le toca pensar a él que ella está en una situación difícil, y que él, que sabe más que ella y es más...inteligente que ella, debe comprender mejor, ¿no?...; sí...; y, por favor, no quiera ella que se rompa nada entre ellos, ¿entendido?...; sí...; ¿pero así, de verdad?...; sí...; ¿quiere él que ella le pruebe que lo quiere bien, que ella... también le tiene cariño?; Hugo sí quiere eso...; y Josefina se levanta, llega donde está sentado Hugo, que es sobre el sofá, le agarró la cabeza con las dos manos y le da un beso en la frente...; Hugo no se mueve, pero la mira, y ve que está llorando, y se levanta para no dejarla ir, pero ya Josefina está en la cocina, con la señora Campos, que le dice que le ayude a preparar de comer, ¿no?, ¿o se quiere cambiar de ropa antes?...; Josefina le dice que no, que está bien; Hugo está en el vano de la puerta, viéndoles trabajar; la señora Campos pregunta a Josefina qué es de Rosa; Josefina mira ahora a Hugo, como pidiéndole que ponga atención, y dice que ella espera que llegue pronto a la casa, y que esta es una razón también para que ella, Josefina, busque acomodo pronto en la casa del Manicomio y se ponga a trabajar para buscar comida para tres, porque Rosa no estará en

posición de hacer nada hasta que se termina de curar...; Hugo sabe que este es un argumento más de Josefina para irse de la casa, ¡aunque la razón importante es José Armas!, y le duele que Josefina se escude en razones que no son razones, y le dice con cierta crueldad en el tono que no, que Rosa no pueda irse a la casa ahora...; ¡no?!...; no... ¿por qué no?!...; porque no, porque Rosa tiene que pasar antes por la cárcel...; ¡a la cárcel?!...; sí, no sabe Hugo para cuánto tiempo, pero Rosa tiene que irse a la cárcel; ¿por qué?...; porque está complicada en cosas de Villanueva, ¿no comprende eso Josefina?...; ella no sabe nada de eso, ella sabe solamente que Rosa es su hermana, y que tendrá sus defectos, pero ella no ha estado mezclada en nada de lo que ha hecho el asesino de Villanueva...; sí, Hugo sabe eso, pero la justicia tiene que averiguarlo todo, y mientras tanto la van a meter en la Cárcel Modelo...; ¿quién le dijo eso?!, y Josefina ya está sentada, sin saber cómo estarse de pies, derrumbada sobre una silla, y pregunta quién le dijo eso a Hugo; ¿quién?... el abogado amigo de ellos, ¿no se acuerda?...; sí, se acuerda...; pues él...; ¿Hugo puede hacer algo por su hermana Rosa, hablando con su amigo abogado otra vez?...; sí que puede, cómo no, ¿y Rosa no le dijo nada de esto cuando la fue a visitar la última vez?; no, no le dijo nada, y escaso no sabe, y, si sabe, no tiene seguramente ganas de hablar de eso, ¿no?...; claro; pues eso pasa, y Josefina vuelve a ayudar a la señora Campos, y ahora es ella, la madre, la que dice que no se preocupe Josefina por eso, que pronto sabrán que Rosa no tuvo nada que ver en las vagabunderías de él, de ese Villanueva, y que no se preocupase demasiado ahora, que todavía era temprano para saber lo que iban a hacerle a Rosa, y que, además, Hugo iba a hablar con ese amigo abogado que tiene, ¿no?...; sí mamá Cam-

pos, pero ella no puede dejar de pensar en eso, ¿comprende ella?; sí que comprende, hija, sí que comprende, pero no por más pensar se va a arreglar eso más ligero, ¿no?; claro...; y Hugo se acerca a Josefina y le dice que no lllore, porque todo se irá arreglando; Josefina dice que sí, y que, otra vez, tiene que agradecerles tanto...; que no hable Josefina de esto, y entonces se le ocurre a Hugo preguntar que dónde va a trabajar Josefina; le dice que por San Martín, que es una fábrica de textiles...; no está lejos...; no, y además hay un cartito por puestos que la deja en la misma puerta de la fábrica; "¡pero ocho horas de trabajo por catorce bolívares!"...; y, ¿qué más puede hacer Josefina?; no, nada...; entonces mamá Campos pregunta a Josefina, como si estuviese ayuna de todo, aunque puede que ella sepa más de lo que dice con aquellos ojos, que qué va a ser del amigo ese que estaba con Aquiles, José Armas; Josefina le dice que él quedó en hablar esta misma mañana con el director, que acaso lo saquen pronto, que ella tiene que ayudarlo mientras tanto... y que si ese abogado amigo de Hugo le pudiese ayudar también...; ¿y por qué no?, pregunta mamá Campos y mira a Hugo, que está viendo a Josefina, ¿y por qué no, Hugo, ah?...; sí, también podría hablar él con el abogado acerca de José Armas, sí podría...; Josefina lo mira, y le pregunta con los ojos, con esos ojos grandes y negros con que ve todo, es verdad que le va a ayudar...; Hugo le dice con los ojos que sí, y luego dice a su madre con palabras que cómo no, que también le hablará de eso; ¿costará mucho dinero? bueno, esas cosas cuestan mucho dinero, y los pobres que no tienen dinero no tienen quien los defienda, y los ricos, por vagabundos que sean, tienen

quien los defienda y quien se apiada de ellos en los juicios, ¿no?, ¿eso es este mundo, pero él hará lo posible para que su amigo el doctor les ayude en eso, que eso ya sabe que es verdad, y que entonces espera que todo se arregle, y que Josefina no debe preocuparse; no, claro...; y mamá Campos pregunta a su hijo que por qué no defiende a todos igual, y por qué al que tiene dinero, que ya tiene demasiada ventaja con tenerlo, tiene también esta ventaja cuando necesita que le defienda la justicia, ¿no?...; "¡ay, mamá", y Hugo se ríe, y dice que dónde está ella que no ha aprendido, con más de sesenta años que tiene, que no ha aprendido a ver dónde está podrido este mundo... ¡no va que hasta para hacerle santo a uno la Iglesia cobra su dinero!...; "¿cómo es eso, m'hijo?...; mamá, que estaba leyendo esta mañana en el periódico, que para hacerle los papeles a alguien que ha muerto y que era muy bueno, y que lo quieren hacer santo, eso cuesta ¡como cincuenta mil bolívares!...; ¡no puede ser!...; sí puede ser...; y Josefina quiere decir algo también, porque le parece mentira, y le dice que, entonces, si uno que ha sido un santo en la vida, y que luego le quieren hacer santo de la Iglesia, como otros santos que hay, como San Juan, por ejemplo, o San José, que es un santo favorito, ¿no lo pueden hacer si no tiene dinero?...; exacto...; y dice entonces mamá Campos: "¡entonces hasta en el cielo cobran dinero!"...; no sé, dice Hugo, no sé, pero aquí abajo sí que cobran por ponerlo en el altar y por darle el título..., y se ríe, y luego pregunta a su mamá: "¿mamá, y usted cree en el cielo?"...; ¡y cómo no va a creer ella en el cielo, corazón, cómo no va a creer, y ¿dónde van a ir los pobres después de pasar aquí tanto trabajo, ah?!...; Hugo se ríe y no sabe qué decir, y no sabe realmente a dónde va a ir a parar los pobres de este mundo después de la

muerta, pero sabe que aquí, en la tierra, donde están viviendo ahora, Dios no está con ellos, porque si estuviese con ellos...; ¡cómo puede decir esas cosas su propio hijo, ah!...; bueno, Hugo dice lo que siente, porque otra cosa no pueda decir, y dice a su madre, y a Josefina, que todo el mundo tiene derecho a creer en lo que quiera, pero que él no cree más que en lo que ve, porque todo lo que dicen que existe y que él no ve está contra ellos, los pobres, y que no cree él que si hubiese algo más allá de este mundo y que no se ve estaría contra los pobres, que son precisamente los que más necesitados están de que alguien que no sea de este mundo les ayude, ¿no?... ¿qué le dicen las dos a eso?...; Josefina se calla, pero mamá Campos sí se atreve a hablar, y dice a su hijo que las cosas de Dios no son como son las cosas de los hombres, y que bien puede ser que él, Hugo, no le vea la razón a esto, a la religión, pero que la tiene, como tienen razón otras cosas que no se pueden ver ni se pueden comprender, ¡¿está Hugo en eso?!...; si está, y, ¿por qué va a intranquilizar Hugo a su madre ahora?, dice que se tiene que ir, y mira a Josefina, que está picando una cebolla, y se le acerca, y le dice que a ver si está enfadada con él, y ella se volta para sonreírle y decirle que no, de ninguna manera; Hugo le pone la mano sobre el hombro, y se lo oprime un poco, como haciéndole una señal de que todo está bien, y luego se acerca a su madre, y le dice, "hasta luego, vieja" con mucho cariño, deja a las dos mujeres trabajando en la cocina, y sale.

43

-!Rosa!...

-?Has venido hasta aquí;hermana?

-Claro que sí; ¿per qué no voy a venir?; ¿no me esperabas?

-Sí..., has tardado mucho...

-Es que shora estoy trabajando, y tengo mucho que hacer; después tengo que ir a visitar a José Arnaz también...

-Sí... Y no has traído a Robertico...

-No sé, me daba miedo traerlo a la cárcel, ¿comprendes?... No sabía cómo era esto, y no sabía si te iba a gustar que él te viese en este sitio, ¿comprendes?... ¿Quieres que te lo traiga el próximo domingo?

-Sí.

-?Cómo te sientes?

-No muy bien...

-?Te duele el hombro?

Superior Manifold

-No, eso se curó ya...

-Aquí... no te sientes bien aquí....

-No.

-Bueno, hermana; ya tú sabes que no es para mucho...

-¿No es para mucho?

-No; el abogado, el amigo de Hugo, dice que te van a sacar pronto, que tú no hicistes nada...

-Sí, ya sé...

-Unos días se pasan pronto.

-¿Unos días?... Aquí hay como diez mujeres que están como yo, y ya llevan más de un año.

-¡Un año!

-Un año...

-Eso es porque no tienen abogado...

-Aquí abogado tiene todo el mundo; ¡un abogado es una mierda!

-¿Cómo?

-Lo que oyes.

-¿Por qué hablas así?

-Es la única forma de llamar las cosas por su nombre.

-Tú no eras antes así, Rosa.

-¿No, ah?... ¿De qué colegio me sacaron a mí, ah?

-Rosa... por Dios, no me hables así...

-¿Cómo quieres que te hable?... Cada vez veo más claro que Villanueva tenía razón; este mundo es para los ricos y para los vivos, ¿entiendes?; él no nació rico... ¡porque eso se nace, oíste!... y si no nació rico, tenía que despertarse para vivir, ¡ser vivo!... ¿me entiendes, hermana?...

- Sí que te entiendo, pero no es verdad.
- !No es verdad!... ¿Tú sabes lo que hacen los abogados aquí?
- No...
- Para que te ayuden, te hacen firmar recibos; luego, cuando sales de aquí, tienes que hacer lo que te digan ellos, ¿entiendes?...
- !No puede ser!
- ?No puede ser?... !A mí no me ha hecho todavía eso un abogado, porque si me lo pide le rompo un palo en la cabeza!
- !Mujer, eso no lo hacen los abogados!...
- Páes sí lo hacen; se lo han hecho a una que duerme a mi lado; esa es mi compañera, ¿sabes?... Mira: fuma marihuana, se acuesta con su vecina...
- ?!Cómo?!...
- Como lo estás oyendo.
- Y, ¿por dónde le entra la marihuana?
- !Por todos lados, m'hijita, por todos lados!...
- Eso está prohibido...
- !Claro que está prohibido!... Y ¿qué no está prohibido en este mundo, ah?... Dime... ¿Y qué es lo que no se hace en este mundo, ah?... Aquí se prohíbe todo y se hace todo, ¿no comprendes, hermana?...
- Eso es horroroso...
- Pues eso; tú sabes que yo no soy una santa, ¿no?...
- No...
- Pues, escúchame, ¡aquí me están abriendo los ojos!... Sí, Josefina,

Villanueva, con todos sus defectos y todo, Villanueva era un santo, ¿comprendes?... Eso era un santo... Aquí se pelean, aquí se roban, aquí toman, aquí hacen de todo!...

-¡Dentro de la cárcel!...

-Dentro, que es donde estoy yo, ¿no?... ¿Me lo crees?...

-Claro que te creo... Pero me parece horrible.. Yo voy a ir a casa del abogado mañana, después del trabajo; le voy a llamar por teléfono al mediodía para pedirle una cita; tú sabes que a las seis, que es cuando salgo yo, ya no están las oficinas abiertas... Pues iré mañana mismo, y trataré de que te saquen cuanto antes. ¿Quieres, hermana?...

-Sí; no sé cómo pagarte todo, Josefina...

-Y cuando salgas vendrás a vivir con nosotros, ¿ah?... ¿No te parece?...

-No me parece...

-¿!No?!

-No... A mí sí me gustaría; pero yo no creo que le guste esto a tu hombre, y al pequeño tampoco, ¡que ya no es tan pequeño!...

-¿Por qué?...

-No sé; he andado por ahí, y he estado en la cárcel, ¿comprendas?...

-Sí, pero ya José Armas está conforme; quiero decirte más, que fue él quien me propuso esta solución; él es muy bueno, ¿sabes, [redacted] Rosa?... muy bueno; y Robertico, pues tú eres su hermana, ¿no?...

-Sí...

-Y como yo estoy segura de que tú puedes cambiar... [redacted]

-Sí...

-¿Crees que sí?

-Sí, creo que sí... No sé...

-¿No sabes?...

-Creo que sí; yo haré lo posible; pero te confieso que no sé si podré, ¿sabes?, no sé si podré hacerlo; ¡tengo miedo, Josefina!...

-¡Pero tú puedes, Rosa!... Si tú quieres, ¡tú puedes hacerlo!...

¿no crees?...

-Creo que sí; pero no sé...; antes he intentado muchas veces, y no me ha salido...

-Tú di que no, y será no, ¿comprendes?

-¿Tú crees?

-Claro, hermana...

-Yo me he dicho muchas veces que no; ¿tú crees que me gustaba hacer eso, cuando te veía a tí tan dolida por todo lo malo y cuando veía a Robertico jugando con los vecinitos?... ¿tú crees que me gustaba?...

¿Dime!?

-No sé...

-¡No, no me gustaba!... Y, ¿qué iba a hacer?... Intenté trabajar, y tú sabes que trabajé un tiempo. ¡Pero a mí se me pegan los hombres como... ¡el chicle!... ¿sabes?... Y yo me dejó decir las cosas, y los creo.

Siempre creo que alguien me tiene que decir la verdad. Y creo que Villanueva me la dijo...

-¿Villanueva!?

-Sí, yo sé todo lo que era, pero fue sincero conmigo, y cargó conmigo por todo por donde tuvo que andar... y, ya ves, a dónde me trajo...; pero eso tampoco fue culpa de él, ¿comprendes?...

-¡Cómo no va a ser culpa de él!...

-El no tuvo culpa, Josefina...

-Bueno, ¿por qué no hablamos de tí?... Y tengo que irme, porque esta tarde quiero llegar a visitar a José Armas también,

-¿Vas a ir a verlo?

-Claro.

-Dile que le envío saludos...

-¿Lo conoces?

-Sí, aquel día que fui allí me lo presentó Aquiles; parece buen muchacho; ¡ojalá te salga bueno, Josefina!; entonces, ¿irás a ver al abogado, hermana?...

- Sí; mañana mismo voy. Toma esto, para que tengas algo...

-No... ¿por qué me das dinero?

-Te haré falta...

-Sí...

-Bueno, y volveré a verte el domingo...

-Y me traes a Robertico.

-Bueno.

44

-¿Y tú, qué estás haciendo?

-¿De trabajo?

-No, chico... mujeres...

-Tú sabes que yo soy un hombre serio...

-¡Claro!

-Por eso, nada.

-¿Y la morena del otro día?

-¿!Dónde me viste?!

-¿Y no decías que nada?

-¿Pero me viste?

-No, hombre; embuste mío; eso es a ver si doy...

-¡Y pegaste!

-!No, si yo sabia que iba a pagar!... Pero es que al señor juez no se le pueden achacar debilidades...

-Se les puede... !pero no se les debe!... ?Entendido?

-Bueno, chico, !ustedes también son de carne!

-Claro.. Pero no te olvides que esa carne tiene a veces trascendencia social.

-?Trascendencia social?

-Claro; la imagen de esta carne pecadora tiene que ser cuidada y vigilada...

-!Ah, claro!

-Uno tiene derecho a ser débil; uno no puede permitirse, sin embargo, enseñar la debilidad.

-?No sería mejor esforzarse en ser fuerte?

-!Si yo me esfuerzo, periodistas! Lo que ocurre es que uno sabe las fuerzas que tiene, y también conoce uno las que no tiene. Uno es lo que es; ?que lo que debería ser es un posible alcanzable?; bueno, yo no digo que no, sigo trabajando... Pero mientras tanto me tengo que dejar caer por la debilidad.

-Esa debilidad, ?cómo se llama?

-!No, nombres no!... Estas cosas en detalle las pregunto yo en los interrogatorios.

-Bueno, y ?cómo es?

-Es... !una maravilla!

-Bueno, tiene que ser. ?Con ese entusiasmo!

-Lo vale.

187

-¿Claro?

-!No, por eso es tan bueno!...

-?Lo caro no es bueno?

-Si, cómo no; pero si lo bueno es barato, es mejor.

-Claro.

-Háblame de tí.

-De mí es diferente, yo no estoy casado.

-!Ah, no, casarse, nunca!

-No, por ahora no.

-?Sigues en el mismo apartamento?

-No, me tuve que mudar. ?Tú: conociste a la francesita?....

-?La Josefina?

-Si, ?te acuerdas?

-!Cómo no me voy a acordar!

-!Ah, es que tú la tuviste unos días también!

-!?Unos días?!... !Ese fue un idilio largo!... !Me duró casi un año!

-!?Un año!?

-Si la saqué yo de la casa de la francesa, y la puse apartamento en Ballo Monte.... Pero no hablemos de lo año, ?qué pasó con La Annette?...

-!Se me pegó como lapa!.... Se puso calosa, y me vigilaba; y me llamaba a la redacción a cada rato, y me dejaba recados, y... total, que me cansé.

-Se lo digiste...

-No, un día que ella estaba fuera de la casa mandé mudar los muebles donde estoy ahora...

-A San Bernardino...

-Sí...

-¿Y ella?

-No la he vuelto a ver; ya hace seis meses.

-No te fue a ver a la redacción del periódico...

-¡No!... ¡Ella es muy orgullosa!

-¿Y ahora?

-Ahora, "c'est l'amour"...

-¿De veras?

-Bueno, ahí va eso... Veremos qué pasa...

-Tienes suerte.

-¿Yo?

-Claro.

-¿Qué sabes tú, si no sabes quién es?...

-Pero eres soltero; te sacudes una, y a otra cosa.

-Sí, eso tiene sus ventajas.

-¿!Ventajas?!... ¡Eso es una maravilla!

-Te puedes divorciar.

-Eso es más difícil.

-¿Por qué?

-Hay hijos, tú sabes...

-Y se es juez...

-¡Sobre todo se es juez!

¡Y hay que cuidar la imagen!

-¡Ah, la imagen, sobre todo!... Y no es broma: es una gran responsabilidad.

-Una responsabilidad que hay que vivir...

-O que hay que guardar con las apariencias, pero que de todas maneras hay que sostener.

-!Tú eres pura apariencia!

-No, no lo soy; y trato de ser realidad; pero también te confieso que, a falta de realidad para redondear toda la imagen, recorro con alguna frecuencia a la apariencia. ¿Está claro?

-Clarísimo. El que es de carne, tiene que rendir su tributo a la carne, y trata de guardarlo lo mejor posible.

-Pero, ¿de veras que me viste?

-No, mentira. Pero supongo, ¿no?...

-Supones bien... Esta mujer no es ninguna virgo, yo le sé. ¡si la saqué de la Modelo!...

-¿De la cárcel?

-De allá mismo. ¿Y qué, no te gusta la carne presa?

-Si me gusta, a mí me gusta todo lo bueno, ¡si es bueno!...

-!Buenísimo!

-Ah, pues, ¡entonces, aunque seas presa!

-Y no crees que es carne fácil...

-¿Por qué?

-No sé; se deja querer, pero la cuesta... ¿sabes?

-!No será por lo nuevo!

-No; no es por eso; es más bien por lo otro...

-¿Por lo viejo?

-Exactamente; está... resabiada.

-¿Resbio de qué?

-¿Da qué?... Al ditino hombre que tuvo... lo mataron.

-¿Lo mataron?

-Sí.

-¿Y cómo caíste tú ahí?

-¡Ahí te gustaría caer a tí, periodista!

-A mí me daría miedo...

-¿Miedo?... Si quieres te la presento un día.

-Me gustaría conocerla, me estás tentando...

-Pero esa no es bocado para tí...

-¿No?

-No.

-Eso es cosa de mucha paciencia.

-¿Paciencia, tú?

-Sí.

-No te lo creo.

-¿Te hago una confidencia?

-Será la primera vez...

-No es la primera vez, pero te he hecho muy pocas, amigo.

-No te pongas serio.

-Si me pongo serio.

-Bueno, será porque estamos en Semana Santa.

-Será por eso.

-¿De veras?

-De veras.

-Dime...

-Te digo que hace dos semanas que la estoy bregando, y nada...

-¿Nada?

-Entonces, eso no es cosa de bregar.

-Lo es.

-No te digo por lo que valga la... carne; te digo porque... si no se da, no se da.

-Esta se ha dado, y es de las que se da, o... de las que se tiene que dar; pero no se da.

-No entiendo nada.

-¿Yo tampoco!

-Ahora entiendo menos...

-Yo también...

-¿Me estás tomando el pelo?

-No, no.

-Ya me está intrigando eso...

-Y a mí también...

-¿Dime eso de una vez!

-Sí, te lo voy a decir... Esta mujer, ¡que es una maravilla!... esta mujer me cayó a las manos, solita...

-¿Ella sola?

-Bueno, primero quise hacer un favor, a Hugo un muchacho que me trae el periódico todas las mañanas; tú sabes, un favor de esos que tienes que hacer de vez en cuando, por pura humanidad, ¿entendido?... Luego me vino una hermana de la mujer, una negrita muy simpática, limpia, bonito cuerpo, ¡que no se dejó tocar ni la mano!, y detrás de esta cabuya

se me estaba preparando la llegada de esta mujer... No me llegó al despacho, ni al tribunal, sino que tuve que ir yo...

-¿Td?

-Sí; tanto me lo pidieron, que fui a ver a esta mujer.

-Ajá...

-Y fui a verla a la Modelo; con aquel batón y todo se le veía el cuerpo... bueno, y le dije a lo que iba, y ella quería salir, ¡claro!, pero se le veía áspera, dura; aquello me tentó más, porque esa mujer tiene unos ojos por donde uno se vacía dentro, sin darse cuenta... ¿Te has sentido así alguna vez?...

-Sí, ¿Cómo no?...

-Pues así me sentí yo...

-Y volvistes...

-Sí... El caso no era difícil. Y hice lo que pude, ¿sabes?

-Claro...

-Sí, lo que pude; y anteayer fui a sacarla de allá...

-Y le tenías nido puesto...

-No, no... No tuve tiempo de nada; ni ella me ha dado ninguna esperanza tampoco, ¿comprendes?

-¡Nó puede ser!

-Sí puede ser.

-¿Y trabajastes por nada?

-No, tengo esperanzas; uno trabaja siempre por algo, a veces por la pura esperanza.

-¿Puede ser?

-Sí puede ser.

-Y ¿no me dices que ha sido fácil antes?

-Lo ha sido; ¡esta mujer ha hecho de todo, pues!

-Y contigo nada.

-Nada.

-¿Dónde vive ella?

-No, eso no te lo digo a tí.

-No te preocupes, ando muy ocupado.

-No, ¡pero te puedes desocupar!...

-¿Eso vale tanto así?

-Lo vale. Después la he visto vestida, ¡y se viste bien!... Y tiene esos ojos grandes y hondos ¡donde ha tenido que caer mucha gente!... Y unos senos hermosos y duros, ¡carajo!...

-¡¡Tanto así?!

-... Y unas nalgas duras, ¡bueno, pues!...

-Bueno, tú me dices que la mujer se niega a todo y me estás haciendo toda una descripción anatómica... ¡táctil!...

-¿Y qué... ¡no tenemos ascensores para eso!?

-¿Todo eso en el ascensor?

-Claro; así uno sabe lo que va a encontrar después...

-¿Dígame, el experto!

-No, y esa mujer es alta, flexible, y tiene unos dientes preciosos...

-¿Y el calor?

-¿No me dijistes tú, pues, que era morena?

-Sí, te dije eso para acertar, porque sé que te gusta ese color...

-Sí, vale, ¡ése es un colorcito que no se acaba nunca!...

-Y que Dios lo guarde...

-Ahora que estamos en Semana Santa, viene la cita muy bien.

-¿Por qué no te la llevas a la playa?

-¿A dónde?

-A cualquier parte...

-No... ¡Te dífé que lo intenté!... ¡Qué carajo, hoy estoy de confesiones!...

-Parece...

-Es que estoy tan sorprendido que tengo que hablar de esto con alguien...

-Claro, y con tu mujer no puedes...

-No, con ella no puedo hablar de esto.

-¿Y nada!?

-Nada. Y yo que trato, ¡en lo fino ¡sabes?!... Trato a la mujer en fino, sin groserías, ¡groserías nunca!... ¡además soy abogado, y ¡uas!...

¡comprendes?... a lo fino... ¡y nada!

-Acaso es por eso.

-¿Por que estoy tratándola con demasiada finura?

-Claro, hombre. Si esa mujer es como dices que es, ¡ahbra creerá que tú eres un güebón!

-No, no, tanto como eso tampoco!... Yo le he dicho mis cosas, no creas, y la cosa no está tampoco tan lejos como te la estás pintando tú; pero nada...

-Lo que cuenta es el resultado, ya ves.

-Sí; pero no sé por qué.

-Acaso necesita esa matica más tiempo para florear...

-Puede ser...

-Y sin flores, tú sabes que no hay botones...

-Claro...

-Y si no hay botones, no hay fruto que madure, después, ¿comprendido?

-Ajá...

-¡Oye, pero te he dejado pensando!

-¡No, pero si esto que tengo entre manos es para dar que pensar!

-Pues sigue pensando, que me voy.

-¿Me llamas mañana?

-Sí

-Chao...

-Bay.